

SARCASMOS

Cuentan que Rouget de Lisle, autor del himno *La Marsellesa*, iba fugitivo por las montañas del Jura huyendo de los que lo perseguían para conducirlo a París, donde le aguardaba la guillotina.

Hambriento, cansado, abatido, dejóse caer en el suelo resuelto a no levantarse más, imitándole el guía, que a poco se quedó profundamente dormido.

Comenzaba Rouget a no darse bien cuenta de sus sensaciones, cuando creyó escuchar entrecortadas notas de una música lejana, sin poder apreciar la armonía del conjunto, y prestó atención.

Cada vez llegaban las notas más claras a su oído, produciéndole estremecimientos de índole diversa... El conocía algo de aquello... El estado febril en que se encontraba le impedía coordinar bien sus ideas...

Las notas resuenan más cercanas y más vibrantes cada vez... Rouget se incorpora presa de una ansiedad infinita... Coge de un brazo al guía, lo sacude hasta que despierta, y le pregunta: «¿Esa música? ¿Esa música?...

El guía se incorpora también... Mira, y con el ojo experto del trepador de montañas, ve allá a lo lejos una columna de soldados, al par que su oído percibe la música a cuyo compás avanzan, y

«¡Huyamos!», exclama; ¡son ellos! ¡los que nos persiguen!... ¡La Marsellesa!... ¡La Marsellesa!...

Y empuja a Rouget de Lisle, que huye a los acordes del himno inmortal compuesto por él para impulsar la revolución y dar la victoria a sus soldados...

Este recuerdo trágico vino a mi memoria al leer el último número de *Las Dominicales*, y pensar que ha sido escrito en estos momentos en que por toda España repercute el grito que Fernando Lozano lanzó hace tanto tiempo con voz potente, sin haber cesado de repetirlo: «¡Abajo el clericalismo!», grito que hoy me resulta un sarcasmo terrible, como les resultará a cuantos se enteren de los amargos párrafos que copio a continuación, escritos por el hombre que más ha hecho en España por la libertad de conciencia.

Párrafos de "Las Dominicales"

A la cabeza del número dice Fernando Lozano:

A NUESTROS LECTORES

«Dificultades económicas que nos han impedido publicar los tres números últimos, nos obligan a suspender la publicación de este semanario hasta vencerlas.

Nuestra gratitud más intensa y nuestro cariño acendrado para todos los que nos han venido ayudando por su suscripción ó con su lectura hasta última hora en esta obra redentora.

No hay que decir que multiplicaremos nuestros esfuerzos para reanudar una publicación que se ha hecho indispensable a nuestra patria, a nuestra raza y al mundo pensante, porque mientras esté en suspenso, el Libre pensamiento español queda sin voz, el americano sin representación en Europa y el internacional sin su órgano más popular y batallador que ha aportado enorme contingente de representaciones a los Congresos europeos y organizó en Madrid el primero de los grandes Congresos internacionales del pensamiento libre.»

Un artículo titulado *Recuerdos dolorosos*, en el que apunta algo de lo mucho que ha trabajado, sufrido y realizado, termina de este modo:

«Y cómo me ha pagado el pueblo español este enorme trabajo, esta fatiga insuperable? Se pierde el pensamiento navegando en espacios negros sin fin cuando se quiere abarcar la ingratitude de ese pueblo conmigo! Me ha dejado solo, abandonado a mis fuerzas en una lucha bárbara con los enemigos más poderosos y más crueles.

El Cristo fué entregado una vez a los jueces; yo he sido entregado ciento. No he dejado de estar procesado; sigo estándolo. El Cristo no fué despojado como yo de su carrera y luego víctima de secuestros sin fin de su propiedad. El Cristo sufrió angustias un día; yo las he sufrido todos los días en veinticinco años y las he visto sufrir a los míos.

Pudo el pueblo, nada le costaba, prestarme su protesta soberana para hacerme inmune

en la lucha, lo que representaba para mí la libertad asegurada, esa libertad tan amada. No lo hizo. Dió la inmunidad a los ricos, a los vanidosos, a los que habían tenido una vida regalada sin sufrir un solo proceso, y no tenían nada que hablar ni que escribir, y me la negó a mí.

Despojado, desnudo, viviendo de la caridad familiar, me restaba una sola propiedad: esta pluma que llevo en la mano para defenderle. Y me la quita.

¡Qué monstruosidad!

Después de leer esto, sólo se me ocurre lo siguiente:

El partido republicano es pobre; está cansado de hacer sacrificios; la palabra suscripción suena ya muy mal entre nosotros; tanto se ha usado de ella. Esto no obstante, yo creo que si en alguna ocasión está justificado el abrir una, es ahora. No en favor de *Demófilo*, que de seguro la rechazaría, sino para que vuelvan a publicarse *Las Dominicales*. Y más aún que por esto, para que no caiga esa vergüenza sobre el partido, en estos instantes en que tantos correligionarios se unen a los monárquicos para que no se nos arrebatase del todo la libertad de conciencia, de la que *Demófilo* ha sido el defensor más constante y más ilustre.

Y dicho esto, allá van las señas de Fernando Lozano: *Apartado 109, Madrid*...

Había pensado no decir que yo me he suscrito por 250 pesetas. No acostumbro a hablar de estas cosas; mas por que no parezca que me parezco al Capitán Araña, quebranto hoy mi costumbre. Y también por si pudiera servir de estímulo.

BLOQUERÍAS

La lógica justificación de la actitud de los republicanos contrarios al bloque, está en que creemos absolutamente incompatible la monarquía con la redención política, económica, religiosa y moral de España.

De no creerlo, cometeríamos un crimen imperdonable poniendo el exclusivismo de la forma de gobierno sobre la salvación de la patria.

Pero como lo creemos, juzgamos crimen mayor el de contribuir a nada que pueda darle a la monarquía fuerza, vigor ó prestigio.

De esto se trata en suma, y en esto nos fundamos para no sumarnos al bloque.

Si los liberales nos hubieran dicho: «Ayúdenos ustedes a la propaganda de afirmación democrática que vamos a emprender. Y si durante un año no conseguimos ser gobierno para traducir en leyes esa propaganda, nos convenceremos de que la monarquía no puede salvar al país y nos iremos con ustedes», seguramente que ninguno nos hubiéramos negado a ayudarles.

Pero, en vez de eso, nos han dicho: «Confúndanse ustedes con nosotros; si vamos al poder, les daremos algo de lo mucho que les hemos quitado; y si no vamos, nos retiraremos a nuestras casas, porque no vamos a convertirnos en unos saltimbanquis, yendo de la monarquía a la república.»

¡Y quieren que los republicanos que no pensamos sacar provecho del bloque nos deshonremos políticamente acudiendo a su reclamo como codornices sencillas!

¡Por los clavos de Cristo, Señor Nuestro!.. Digo, suyo.

Por unas razones ó por otras, los republicanos hemos vivido separados desde la restauración. Los paréntesis de unión han sido tan cortos, y sobre todo tan infecundos, que casi no merecen ser citados.

Pero los clericales, los carlistas y los separatistas necesitan en Cataluña lastre, y muchos republicanos se les unen.

Pero los liberales quieren que los llamen al poder, y en mayor número aun se ponen a su lado.

Pudiera aplicárenos aquel antiguo dicho: «luz fuera y oscuridad en casa.»

¡Triste sino el de nuestro partido!

Se me dice que, subsistiendo el bloque, y arribando los liberales al poder, entrarían más republicanos en las Cortes, en los municipios y en las Diputaciones provinciales.

Voy a dar de barato que sí, aunque también pudiera resultar lo contrario. ¿Pero qué bienes nos vendrían con esa gracia? Di-

putados tenemos hoy, concejales no nos faltan, diputados provinciales nos sobran; ¿y qué es lo que hacen? Con escasísimas excepciones, lo que los monárquicos: ir a lo suyo.

Y al no decir más que esto, demuestro una prudencia extraordinaria, que de seguro no me agradecerán los aludidos.

Entre los republicanos que se separaron de Ruiz Zorrilla para irse a la monarquía, los que le envió Castelar y los que ingresaron por su propia iniciativa, forman un número tan grande, que si volvieran a sus filas ahora, se quedaría la restauración sin servidores.

¿Y qué han hecho esos señores desde que se fueron en favor de la democracia? Lo que harían cuantos se fuesen ahora: nada absolutamente.

Los que entran en un partido por las puertas de la apostasía, no tienen derecho a imponer condiciones, sino el deber de dar las gracias.

Dicen los republicanos bloquistas, que si mañana Moret no cumple sus compromisos, le harán imposible la vida gubernamental.

Pues si tienen en sus manos ese poder formidable, ¿a qué aguardan para derribar al gobierno conservador? No me lo explico.

Si de mí dependiera el que un gobierno monárquico dejara de existir, me consideraría deshonrado ante mis propios ojos todo el tiempo que tardara en derribarle.

Me admira la pachorra que han tenido y tienen esos republicanos que, pudiendo derribar gobiernos a su antojo, les permitan vivir tranquilos.

La noticia de que Valencia se había adherido al bloque, me produjo mal efecto. ¿Por qué no decirlo? Precisamente era la única población española que podía haberse mantenido neutral, sin que nadie creyera que no estaba dispuesta a ayudar a todo el que combatiera al clericalismo.

Porque a Valencia le pasa como población, lo que a mí como individuo: podemos decirle a todo el que nos eche algo en cara en este punto, lo que aquel ciudadano a su hijo: «¿Pero, qué es esto? ¿Quiere usted enseñar a su padre a hacer chiquillos?»

Por lo demás, la cosa no tiene la importancia que los del bloque han querido darle. De seguro ha influido en esa decisión únicamente la política local. Valencia no necesita dar fe de vida en empeños anticlericales.

Si el bloque siguiera, y por el bloque gobernase Moret, maldeciría hasta la hora en que se le ocurrió pronunciar en Zaragoza su ya célebre discurso. Tantos republicanos acudirían a él pidiéndole actas, concejalías ó destinos.

De los que bullen, claro es. Los otros acuden al bloque, como han acudido siempre a cualquier parte donde se les ha llamado, sin fijarse en quién, por qué y para qué se les llamaba.

Los pastores de la fábula se llamaron a engaño y dejaron de acudir al llamamiento a la tercera ó cuarta vez de verse burlados. Los republicanos acuden siempre que se les llama en nombre de la libertad.

¡Cuánta fe y cuánto entusiasmo, que hasta ahora nadie ha sabido aprovechar debidamente!

Indigna y apenas pensar en esto.

¡Buenas pullitas nos ha soltado Romanones en Cuenca a los republicanos que no ingresamos en el bloque, sobre todo a Costa y a mí, aunque sin nombrarnos; a él por filósofo y a mí por intrínseco!

Lo llevaremos con paciencia. El hambre del poder perturba tanto como la de pan, y hay que ser tolerantes con quienes la padecen.

Por lo demás, celebro que hayamos entrado en el terreno de las recriminaciones; precisamente es en el que mejor me desenvuelvo.

Nos distraeremos, ya que no podemos hacer por ahora cosa mejor.

Romanones se ha esforzado en demostrar que durante la Regencia y el reinado de Alfonso XIII, el espíritu liberal tuvo en el trono su más firme apoyo.

Entonces, si es así, ¿cómo se atreven hoy los liberales a pedir auxilio a los republicanos para combatir al clericalismo?

Si cuando pudieron oponerse a su influencia y desarrollo no lo hicieron ¿quién va a creer ahora que quieren de veras cortarle los vuelos?

Si el partido liberal jamás ha encontrado en la regia prerrogativa obstáculo alguno a su política ¿a quién se debe principalmente el predominio de los clericales?

Charada a resolver.

Y para concluir por hoy.

Ningún republicano de los que no han entrado en el bloque, dejaremos de ayudar a quien combata al clericalismo. Lo que no queremos es que nos lleven los liberales atados a su carro de triunfo.

Más servicios del fraile

Lo menos demostrable entre lo mucho bueno que a los frailes debe el mundo, es el efecto de su intercesión cerca de Dios para aplacarlos: cualquiera sabe lo que haría Dios si no hubiera frailes y monjes, y lo que hace porque ellos se lo pidan.

Otros servicios hay que apuntarles en su haber; algunos se los apuntan ellos mismos por sí ó por mano de sus muchos panegiristas. Desde el siglo XVI se viene oyendo este incesante clamoreo: «¡Cuidado!, que si no hubiera sido por los monjes, se habría borrado de la tierra hasta el último rasgo de civilización; ellos salvaron la cultura humana de la ruina total en que la hubieran sumido los Bárbaros invasores de Europa; después los sarracenos; después, las continuas guerras del último período medieval. Ellos encerraron en sus monasterios todos los restos de la civilización greco-romana como fuego sagrado, en el cual encendieron el de la ilustración que produjo el Renacimiento; sin ellos, pues, no sabríamos hoy ni hablar.» Bonald, De Maistre, Montalembert, Donoso, Aparisi y Guijarro, Hettinger, una infinidad de escritores católicos se han hecho eco en nuestros días de ese clamor; hoy es un lugar común.

En efecto, los frailes ó los monjes, que a mí para nuestro propósito tanto da una como otra forma del monaquismo, como hormigas acumularon cuantos monumentos literarios, científicos y artísticos hubieron a mano sin gran dificultad, puesto que la barbarie cristiana se los dejaba abandonados. Y los cogieron, porque sabían cuán útiles iban a resultarles, erigiéndolos en el único elemento intelectual de su época; en maestros, directores de la sociedad y de la Iglesia; en sabios, en archiveros de los linajes nobiliarios y de la historia, que ellos irían formando a su gusto: ¿era poco todo esto? Su enorme rendimiento de oro y de poder, nos desolaba seguramente de agradecerse.

Y ¡qué bien lo hicieron! Por cada obra de autor antiguo, latino ó griego, que conservaron, destruyeron diez, ya quemándolas a título de impías, ya raspando sus pergaminos, para escribir en ellos, una vez borrado el original de Virgilio, de Horacio, de Píndaro ó de Sófocles, bárbaro canto eclesiástico de antífonas brutales, máximas de santos herbívoros del yermo, reglas monacales, bulas de Papas y árboles genealógicos que vendían más que a peso de oro.

De manera que si nos quitaron de en medio, así raspando, raspando, las tres cuartas partes de la historia, de la literatura y de la ciencia de la sabia antigüedad, cuyo curso cortaron por cerca de diez centurias, en cambio les debemos los palimpsestos, la heráldica y el canto gregoriano; ¿qué sería de nosotros hoy, sin esas tres grandes conquistas?

Con el arte no fueron menos solícitos. Destrozaron los monumentos greco-romanos con más fervor aún que los libros; se llevaron los restos de la destrucción que iban sembrando los bárbaros ó que desdeñó luego la grosera incultura de los señores feudales (vulgo salteadores de caminos), y de aquellos restos quemaron ó despedazaron lo que les pareció obscuro, que fué casi todo, y aprovecharon lo demás colocándolo en sus rudos templos bizantinos las columnas jónicas y corintias con la basa arriba y el capitel en el suelo; ¡qué talento el monacal!

De las estatuas de los emperadores, los dioses y las diosas del paganismo, hicieron imágenes de santos y de vírgenes; las pinturas y los mosaicos, los rompieron ó los cubrieron de yeso, ya que no tenían los frailes habilidad para transformarlos en cosa divina. Los objetos de metal precioso los hicieron moneda, muchas veces falsa, aunque contrahecha con la más santa intención.

Al mismo tiempo que mataban la arquitectura, la pintura y la escultura antiguas, desnaturalizaban bárbaramente la música, que en sus manos quedó como nueva, y ni música se podía ya llamar propiamente

aquella caricatura ridícula del sistema de Boecio, que dejaron perder á propio intento: ¡era él pagano! ¡horror!

En lo tocante al arte musical, el destroz frainuno excede de todo lo imaginable; fué el arte que les inspiró más recelos é intenciones de aplamarlo (así se llama hoy aún *canto plano*, al eclesiástico). San Bernardo le declaró una guerra despiadada; pareciale pagana hasta la música que hizo arreglar San Gregorio en el siglo vi, y cuidado si era ella infame! Total, que mientras las otras artes aún pudieron rehacerse desde mediados del siglo xv, la música andaba como niño recién destetado en el xvii, y no se vió robusta hasta el xviii; tal fué la caquexia que los frailes, y obligados por ellos los papas y los curas, le infirieron.

Si de ciencia fué poco y mal entendido lo que recolectaron y guardaron, no puede negarse que casi todo lo destruyeron para librar á los hombres de los incalculables peligros que acarrea el demasiado saber. Este servicio no hay con qué pagarlo á los buenos frailes. Se quedaron ellos con no pocos descubrimientos antiguos, que en su poder ascendieron á la categoría de secretos de magia; no, los profanos no debían conocerlos, hubieran hecho mal uso de su fuerza; los frailes los emplearon en la fabricación de milagros, género que, propagando la credulidad, hace felices á los pueblos sumidos en la más deliciosa ignorancia, que los monjes bautizaron con el sobrenombre de inocencia; y luego se dirá que el nombre no hace la cosa!

Para especificar lo que retrasaron y luego amaneraron y deprimieron la literatura en todo el mundo; lo que impidieron la formación y marcha del derecho, y el arte que se dieron para que los llamaran maestros, aunque no enseñaban sino lo que les convenía y á quien les convenía, no basta la extensión de este artículo, ni la de once tomos en folio; formarían éstos la historia de los esfuerzos del hombre bautizado (que no es lo mismo, precisamente, que hombre cristiano) para romper el férreo yugo con que el monje pretendía retenerlo sujeto á perpetuidad.

He aquí esbozados á grandes rasgos los relevantes servicios del fraile en pro de la civilización; los que él se apunta y sus panegiristas le cantan á todo gañote. De rodillas, pues, la humanidad civilizada ante el hábito; á él le debemos todos el no hallarnos, así en general, ocho siglos más adelantados de lo que no vemos los que más; y respecto de los pueblos católicos, ellos pueden gloriarse de ir tres centurias á la zaga de las naciones protestantes, porque éstas suprimieron al fraile y los católicos lo conservaron.

Realmente, es un hecho incontrastable que la ciencia, la verdadera ciencia, no pudo hallar campo libre á su desarrollo más que en países protestantes, donde el fraile no existía: Inglaterra, Alemania, Suiza, Escandinavia. De ahí la ventaja, ya inasequible, menos aún superable, que esas naciones llevan á las católicas en el movimiento científico. Rusia no es católica; pero su cristianismo cismático da tanta preponderancia al fraile como la nuestra romana; el efecto, cuanto á la esencia, el mismo: el atraso; la ciencia viene de donde el fraile fué arrojado.

El conservaría para sus fines egoístas el poco ó mucho saber que recogió de las postimerías del imperio romano; pero incapaz de agrandarlo y menos de divulgarlo fecundamente, no ha producido allí donde arraigó su planta más que las tinieblas, tan convenientes á su dominio útil sobre los pueblos.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Pobres y ricos

Descontados los individuos que fallecen en hospitales que están fuera del distrito de su residencia—y no son ciertamente los acomodados quienes «exhalan el último suspiro» en los susodichos establecimientos,—la mortalidad por distrito en Madrid, tomando la cifra media de 29 por 1.000, es como sigue.

Buenavista.....	20
Centro.....	21
Congreso.....	22
Hospicio.....	23
Palacio.....	25
Universidad.....	29
Chamberí.....	30
Hospital.....	34
Latina.....	36
Inclusa.....	44

Basta saber un poco de topografía social para ver con claridad que la mortalidad está en razón directa del malestar.

Geográficamente, el distrito de Chamberí supera á todos, y están en primera fila los de Palacio y Hospital y aun Universidad; menor mortalidad que el primero tiene Buenavista, menor que los otros tres tienen el Centro, el Congreso y el Hospicio, con calles estrechas, casas altas, sin aire limpio y puro.

No hay medio de estudiar la mortalidad por barrios desde 1903, en que se hizo la nueva clasificación de ellos, por carecerse de un censo de población detallado con que establecer proporciones; por esto tendremos que valernos de la vieja distribución y de datos de 1897-901.

Estos nos dicen que mueren al año por

1.000 habitantes en los viejos y hasta sanos barrios de

Postigo.....	12,6
Belén.....	15,0
San Marcos.....	17,4
Vergara.....	17,7
Carretas.....	17,8
Jacometrezo.....	18,8

Término medio..... 16,0

Y en estos otros:

Huerta del Bayo.....	32,2
Primavera.....	32,5
Puente de Segovia.....	32,6
Caravaca.....	32,7
Peñuelas.....	32,9
Puente de Toledo.....	34,0

Término medio..... 32,9

En los primeros, de calles estrechas, tortuosas y población aglomerada, viven gentes acomodadas; en los otros—algunos con calles y paseos amplios, y aire relativamente abundantes y aun de población dispersa (Puentes de Toledo y Segovia y Peñuelas) viven casi exclusivamente proletarios.

Y sin embargo, mueren en los segundos 17,9 personas más por cada 1.000 que en los primeros.

En sus estudios acerca de la tuberculosis, Brouardel, el célebre médico francés, encuentra que la mortalidad es de 164 por mil cuando se ocupa una sola pieza ó habitación; 22 por 1.000 cuando se ocupan dos, y 7,5 cuando se ocupan cuatro.

Y en vista de los datos que anteceden y de otros que ya inserté, me permito sentar la hipótesis de que los 164 por 1.000 del primer grupo, mueren menos por ocupar una sola habitación, que por la falta ó escasez de medios que este hecho implica.

Es decir, que la excesiva mortalidad de los pobres tiene por causa principal la carencia, el defecto de nutrición.

J. J. MORATO

Voto de calidad

Si me viera obligado á citar los nombres de los tres periodistas españoles que á mi juicio deben figurar á la cabeza de todos, uno de ellos sería Dionisio Pérez; por literato, por ilustrado, por conocedor de hombres y sucesos.

Pues este gran periodista, en un artículo de tonos excesivamente pesimistas, titulado *Un año más de historia y uno menos de esperanza*, intercala este párrafo refiriéndose á Melquiades Alvarez:

«Últimamente, mis esperanzas todas se habían concentrado en un hombre. No era mi amigo, sino mucho más, era mi fe. Este hombre no iba á hacer la revolución por artes mágicas y de escamoteo, ni fundaba sobre ella un negocio editorial. Este hombre podía, en cambio, hacer conciencia en el país, un estado de conciencia sano y fuerte, y en un momento dado llamar á las gentes á obra de justicia, que sólo haciendo justicia puede salvarse y levantarse la nación.

Pero era esta una labor de aislamiento austero, de predicación solitaria, porque el ambiente es tal que el contacto de los otros mancha. Había necesidad de haber despertado en todos los espíritus la inquietud, de haber producido en todas las conciencias el sobresalto y el remordimiento. La labor era larga y penosa; pero al cabo de ella ¡qué triunfo, qué gloria! Un hombre sólo que agita á un pueblo, que lo encrespa, que lo convierte de charca corrompida en mar tempestuoso...

Se dice ahora: la política es arte de realidades... Pero ¿dónde hay realidades como estas? Un pueblo aletargado, una oligarquía de políticos vitalicios, una catástrofe nacional no liquidada, una democracia en farándula...

Merecer un juicio tan desfavorable de un hombre de talento que tenía fe en nosotros, ¡cuánto debe humillar!

Pero quizás no. Cuando se hacen ciertas cosas, ya ha perdido el hombre de antemano la noción del respeto á sí propio; de lo contrario no las haría. Téngase, pues, por no escrito el párrafo anterior.

Amigos francos

El *Mercantil Valenciano* ha venido defendiendo constantemente á Melquiades Alvarez y su política; más de una vez he contenido con él sobre esto. Pero tal conducta sigue hoy el *joven aprovechado* (así llamaban también á Cánovas allá por el 54 del siglo pasado) que hoy dice aquel periódico:

«El bloque se ha convertido en instrumento monárquico, y á la monarquía van, quieren ó no, los republicanos que de él forman parte.»

«El bloque es monárquico; el bloque tiende á afianzar á la monarquía, y los republicanos no hacen en él otro papel que el de ayudar á Moret y al *trust* contra Maura en un pleito puramente monárquico y de empresa.»

«Será muy triste que D. Melquiades Alvarez siga el camino de otro orador insigne tan querido en esta casa como lo es hoy aquí. Martos no quería ir á la monarquía, como no quiere ir D. Melquiades; Martos empujaba á sus amigos á que se fueran con los liberales dinásticos para dar savia democrática al doctrinarismo sagastino, pero quedándose él á la parte de fuera; Martos hablaba de la accidentalidad de las formas de gobierno, como habla D. Melquiades; Martos pudo ser el hombre de confianza de D. Alfonso XII y el jefe del partido liberal de la Restauración, y tuvo miedo de dar á tiempo este paso, y una noche fué á Palacio con los arroceros de Valencia, y salió de Palacio como otro Sansón, sin la cabellera; fué ministro y presidente del Congreso, pero no fué lo que merecía; su calvario fué un infame y cobarde cristineo; su expiación el olvido en que vivió, la soledad en que se encontró en el campo de la monarquía, para él siempre seco y estéril.

D. Melquiades Alvarez, poniendo su talento, su actividad, su fe al servicio de la causa santa de la República, sería una esperanza para todos, sería en plazo no muy lejano el primer hombre de España; D. Melquiades Alvarez al servicio de la monarquía, confundido con los hombres del desastre nacional, autores de la ley de Jurisdicciones é importadores de las comunidades religiosas, no sería más que uno de tantos, condenado á sufrir las tristezas del desengaño, las amarguras de la soledad y el abandono y el dolor del remordimiento por el daño causado á la libertad, á la República y á la patria sacrificada en los altares de la monarquía.»

Esos párrafos destilan amargura. ¿Es digno Melquiades de que nadie por él la sienta?

El hombre que á la edad de los entusiasmos generosos ha tomado por consigna el *¡enriqueceos!* de Guizot; el que sin haber hecho nada por el pueblo y sí recibido de él la diputación que lo ha puesto en condiciones de cotizarse en las grandes empresas moralizadoras, lo insulta y deprime á cada paso, ese, valga lo que valga, no merece que ningún consecuente procure apartarlo de su camino, que ningún convencido lamente que se vaya. Menos daño hará á la idea republicana yéndose á la monarquía que quedándose entre nosotros.

Al enemigo que huye puente de plata, aunque al verse á la otra orilla se lleve el puente, no por evitar que otros le sigan, sino por la materia de que está formado.

Desde León

El partido republicano autónomo de León, reunido en Junta general el día 10 del actual, ha acordado por aclamación declararse antibloquista.

Reciban mi más entusiasta felicitación los republicanos leoneses al negarse á ayudar á *hacer el caldo gordo* á Moret y comparsa en este juego de *cubiletes*.

Comparo el bloque con la Solidaridad catalana: lo mismo en uno que en otra es contraproducente que los republicanos pacten con sus enemigos políticos, que al fin de la jornada llegarán á ser poder con la monarquía.

Entiendo que todo aquel republicano identificado con esa *cacareada* alianza liberal, heterogénea amalgama, formada por individuos que han recurrido á este medio para atraerse algunos primates avanzados en ideas, falta á lo más sagrado del credo radical al cooperar con sus fuerzas á dar más preponderancia al *canario más sonoro* de Moret, quien, una vez haya escalado las gradas del poder, no se acordará de las bravatas que ahora emplee en la oposición.

UN REPUBLICANO LEONÉS

Medina del Campo, Enero 1909.

Cuestión de juego

Un lord, fiel cumplidor de sus deberes religiosos, asistió el primer domingo que estuvo en Montecarlo á los oficios de la capilla anglicana.

Fué después á la ruleta y jugó al núm. 32, exactamente el mismo que tenía el salmo cantado en el oficio religioso; y ganó.

Fué al oficio de la tarde, observó que se cantaba el salmo 17, jugó á este número; y ganó.

Y dicen que desde entonces sólo se cantan en la capilla anglicana salmos desde el número 1 al 36.

Esto, más que un hecho, es un símbolo. Todo religioso, pertenezca á la iglesia que quiera, pone su creencia al servicio de su interés.

En la forma es en lo único que varían.

Enfermeras, no monjas

Existen en España para el único objeto de cuidar enfermos, hermanas de la Caridad, siervas de María y de Jesús, oblatas del Redentor, hermanas de San Juan de Dios y otras. Entre todas ellas sumaban 26.430 el 1.º de Enero de 1908.

Es un consuelo saber que esas 26.000 mujeres, á cambio de su trabajo, tienen asegurada la comida en esta vida y probablemente la gloria en la eterna. Pero se nos ocurre discurrir y pensamos: Si esas 26.000 mujeres fueran viudas ¿no podrían criar á sus hijos con lo que aquéllas ganan? Probablemente no, porque la vida de claustro es más económica, y si los asilados de que se ocupaba el artículo del número pasado *Andando por Madrid*, sólo consumen 60 céntimos por persona y día, es de suponer que las hermanas consumirán poco más.

Vamos á tomar antecedentes, y nos encontramos con que estas enfermeras religiosas cobran de los Ayuntamientos, Diputaciones, Estado ó particulares, sueldos variables entre 500 y 1.000 pesetas por año, más la manutención. Nos enteramos también que las educandas, legas y novicias, las asiladas y enfermas, hacen las ropas que aquéllas visten, lavan y planchan, y que á éstas sólo les dan la comida (en el caso más desfavorable, porque en algún otro, como en los manicmios, paga la Diputación por sostener á la alienada pobre menos de lo que consume, y además utilizan las religiosas su trabajo). Comparamos lo que comen los asilados y enfermos con lo que comen sus enfermeros, y pudimos apreciar que, si la comida de aquél vale 60 céntimos, la de éstos cuesta 2 pesetas; pero no queremos exagerar la nota, y vamos á suponer que cada hermana sólo consume 1 peseta diaria.

Tomando el término medio del salario, supondremos 750 pesetas al año por hermana; y suponiendo 1 peseta diaria de gasto, son 365 pesetas al año, que, sumadas con las anteriores, dan 1.115. Es decir, que España paga á estas *desinteresadas* servidoras de la caridad, la insignificante suma de 29.000.000 de pesetas.

Pero meditemos sobre la cifra anterior, sobre las 1.115 pesetas anuales.

¿Creen ustedes que por ese sueldo no se encontrarían enfermeras seglares?

Y cada enfermera seglar, con 3 pesetas diarias, mantendría á su madre ó á sus hijos, á un pariente ó una criada, porque solas no iban á vivir. Es decir, que en el caso peor, con ese sueldo se mantendrían dos. En la mayor parte de los casos vivirían tres ó cuatro personas.

Tendría la ventaja, que á estas enfermeras se les enseñarían principios higiénicos, procedimientos quirúrgicos. Dirigidas en su estudio por los médicos y boticarios, serían verdaderos practicantes, con más conocimientos que las religiosas. Que esto es posible y práctico, nadie puede negarlo. Ahí están las enfermeras del Instituto Rubio, que son seglares y desempeñan su cometido muy á satisfacción de aquellos doctores, porque además de los conocimientos, tienen el interés de cumplir para que no les falte el sueldo y con su falta la comida si no cumplen, mientras que las religiosas, dedicadas la mayor parte del tiempo á los rezos, nada estudian, y no les preocupa cumplir mejor ó peor, porque saben que detrás de aquel hospital está su casa madre y nada les falta en ella.

Ya sé que algunos me dirán que las enfermeras religiosas desempeñan una misión caritativa de alta estimación.

Que necesitan ser la virtud personificada para dedicar su vida á cuidar enfermos, permanecer constantemente en los hospitales expuestas al contagio, á la enfermedad y á la muerte.

Que sin ninguna distracción ni goce material alguno, sacrifican su existencia por la de sus semejantes, y con un desinterés y abnegación sin igual socorren al triste, auxilian al desvalido y consuelan al enfermo.

Que sufren toda clase de insultos de algunos de los enfermos, y hasta golpes y malos tratos las que se dedican al cuidado de las locas, más temibles que los hombres.

Todo eso lo sabemos y reconocemos en ellas todas esas virtudes que sólo son concebibles por la esperanza de obtener en otra vida la recompensa.

Pero nada de esto destruye la bondad de la idea. ¿Acaso no puede ser tan virtuosa la enfermera seglar que desempeñe la misma misión, cumpla sus deberes de católica y atienda además al cuidado de su familia?

Si es una virtud cuidar á los enfermos, son dos virtudes cuidar simultáneamente á los enfermos y á la familia.

Y no se me arguya que el trabajo de la religiosa es desinteresado; porque si bien es cierto que á ella no se la paga, no es menos exacto que el que recibe el servicio abona lo que vale. Y con este argumento, lejos de beneficiarlas las perjudican, porque de él vamos á deducir que las religiosas son víctimas de la explotación. ¿Y quién las explota? Los frailes.

Y ya tenemos al fraile convertido en un burgués cualquiera. Sea ó no sea fraile el que se beneficia del trabajo ajeno, explota. Lo mismo me da que se llame carpintero, que cerrajero, que albañil, que hermano de San Vicente de Paul ó San Juan de Dios.

¿Existe la explotación? Pues hay víctima y verdugo. Debemos compadecer á la pri-

mera y odiar al segundo. Pero es más práctico evitar que haya víctimas.

No censuramos la religión ni el dogma; cada cual es libre de profesar la que quiere. Pero censuramos que se la tome como pretexto para explotar.

A nadie se le ocurre censurar que existan monedas de 5 duros, y sin embargo, se lleva a la cárcel al que, ofreciendo aquéllas, da cartuchos de perdigones.

¿Hay impiedad en la sustitución? Tampoco. Hay economía. ¿Quién tacharía de impío al que comprase en la tienda de un ateo si daba mejor género y más barato que un católico? ¿Acaso los mismos religiosos no utilizan los servicios de toda clase de personas sin preguntar la religión que profesan?

Cuando una familia tiene pocos ingresos, reduce sus gastos. Cuando una Nación está pobre debe escatimar los suyos.

Produce economía y a nadie perjudica sustituir las enfermeras religiosas por las seglares. Pues sustituir las. Y para que no haya protesta de los católicos, exijase en las condiciones que deben llevar las nuevas enfermeras, la de que sean católicas.

Queda demostrado que con la sustitución de enfermeras religiosas por seglares

1.º En nada se perjudicaba a enfermos ni a hospitales, porque estarían mejor servidos; y para los servicios momentáneos de casas particulares, reemplazaría la academia de enfermeras al convento.

2.º En nada se perjudicaba a las religiosas, que podían dedicar más tiempo a sus piadosas tareas.

3.º Se proporcionaban medios de vida, nuevos y desconocidos hoy, a 26.000 familias cuyo cabeza es una mujer: mujer que se sustraería a la posible caída de la miseria al vicio. Más labor moral haría este cambio que todas las sociedades formadas hoy para impedir la trata de blancas!

Y 4.º Se suprimiría el intermediario entre el que paga y el que presta el servicio, es decir, la explotación, que es uno de los más altos deberes del Estado.

Y demostrado esto, conviene propagarlo y extenderlo para que lleve el convencimiento al ánimo de todos. Y una vez conseguido, la sustitución será cosa de más o menos tiempo.

JUAN PÉREZ

El odio religioso

Austria es nación eminentemente católica; si no existiera España se llevaría la palma. Y si no hubiese demostrado en tantas ocasiones que lo era, ahora quedaría patentizado.

Cuando el mundo entero llora la catástrofe de Messina y envía socorros a Italia, ella, corroida por el fanatismo clerical y el despotismo de generales beatos, en vez de abrir suscripciones para su aliada y vecina, ha festejado la mortandad horrorosa.

Los diarios católicos y militaristas *Volks Zeitung*, *Montag Journal*, *Armée Zeitung* y *Grazer Tageblatt*, han llegado al delirio del odio y el salvajismo. El penúltimo ha dicho textualmente:

«La guerra es inevitable. Austria debe aprovecharse del desastre que hiera a Italia y que la ha arrebatado más de cien mil vidas y mil millones de su patrimonio nacional. Considerada desde el punto de vista humanitario, la catástrofe nos llena de emoción. Pero la política es un brutal oficio, y debemos sacar friamente partido de los terremotos de Messina y Reggio como de una circunstancia ventajosa para nosotros.

Hace cinco años fuimos bastante ingenuos para deplorar los desastres rusos de Oriente. Hoy estamos curados de aquella generosidad ridícula, y por eso deberíamos arreglar nuestras cuentas con Italia durante su duelo nacional.»

Los demás periódicos se han expresado de igual modo, y la nación entera ha obrado en consecuencia. 150.000 francos ha dado de donativo, de ellos 50.000 del emperador. Y se han recaudado en Tarentino y Trieste, comarcas que fueron de Italia.

En Santa Pola varios oficiales austriacos celebraron un banquete en conmemoración de la hecatombe.

Sólo los clericales sienten esos odios, únicamente el catolicismo enjendra esas grandes intamias individuales y colectivas. ¿Guerra sin descanso a ese monstruo que devoraría la humanidad, si la ilustración no le atajara el paso! Llegará día en que al hombre, para demostrar sus sentimientos nobles y su amor a la humanidad, le bastará con decir: «no soy católico».

Felices los que tal vean.

La polilla del campo

IV

USURA

«Acción social católica». Así llaman los neos a toda la serie de martingalas llevadas a efecto para acaparar la usura en los pueblos.

Y no se diga que tienen que luchar con graves dificultades para la fundación de Cajas rurales, Bancos, Pósitos, etc.

Una de las cosas buenas y sabias que en España han existido, han sido los Pósitos. Esta fundación castiza, no exportada del extranjero, por abandonos y descuidos había llegado casi a la anulación de sus servicios.

Este gobierno acordó nombrar un Delegado regio con poderes dictatoriales que arreglara el asunto, y no encontró persona mejor para el objeto que el conde de Retamoso.

Este señor, neo insoportable, con el atrevimiento de la más terrible ignorancia, ha hecho tales cosas y tantos desaguisados lleva cometidos, que sólo en tierra española han podido ser consentidos y aguantados.

Aparte de llevar los Pósitos a la más completa desorganización, de arrancar dinero a los pueblos sobre el que tienen indiscutible derecho para aplicarlo en lo que mejor le ha parecido, cree en su ceguera intelectual que la benéfica institución sólo ha sido creada para favorecer eso que llaman «Acción social católica».

El agradecimiento de los católicos no parece por ninguna parte y esto debe ser la pesadilla del funesto conde de Retamoso.

Véase si no, lo que entre otros sabrosos comentarios dice *La Paz Social*, órgano de la Iglesia católica, en donde el de Retamoso escribió un artículo lleno de sandeces.

«Yo he querido fundar una Caja y aun con toda la responsabilidad solidaria é ilimitada de 43 socios—algunos labradores bien acomodados,—no he sabido cómo encontrar dinero barato sin trabas excesivas para los asociados. El Banco de España no me ha hecho caso; el Banco de León XIII impone condiciones muy onerosas, entre otras, una limitación peligrosa del dominio al no consentir la enajenación de ninguna finca de las que sirven de garantía, y el hacer efectivo reintegro del préstamo dentro del año, con peligro de tener que recurrir al usurero para pagarlo. Además sus préstamos son pequeños y más caros aún que los del Banco de España. No hay que pensar en el Montepío de la capital, pues sus administradores ne tienen ni la amplitud de miras, ni el celo por las obras sociales que el admirable y envidiado Montepío de Oviedo, que abre a las Cajas y Sindicatos de su provincia créditos al 4 1/2 por 100 limpio; es decir, una bicoca que ya la quisiéramos nosotros.

«Pero, si en vez de fundar Caja, fundo Pósito, la dificultad ya no existe. El Delegado regio me da dinero, sin más interés que el 1 por 100 para el contingente provincial. Creo que en estas circunstancias muchos fundarán Pósitos, en vez de Cajas y Sindicatos.

«Yo lo hubiera fundado ya, si no me hubiera detenido esta consideración. «El Delegado regio es un empleado del Gobierno, es el Gobierno mismo, y ¿qué hará el Gobierno mañana con nuestros Pósitos, si hizo lo que todos sabemos con los Pósitos antiguos?»

Y en otro lugar:

«Tenga usted cuidado: el conde del Retamoso está preparando, sin duda de buena fe, la esclavitud de nuestras asociaciones. ¿De qué nos sirven unos cuantos miles de pesetas si con ellas se compra nuestra libertad?»

«Figúrese usted, por ejemplo, que dentro de cuatro años hay otras elecciones para el Instituto de Reformas Sociales, y que en vez de Cajas y Sindicatos hemos fundado Pósitos. El Delegado regio de entonces ¿quién será? Pues lo probable es que lo sea un amigo de Romanones, el del matrimonio civil, o de Moret, el que no quiere Sindicatos que se preocupen de otra cosa que del estómago y de la gabela del labrador, o de Dávila, el de la ley contra las asociaciones religiosas.»

«Necesitan comentarios los párrafos precedentes?»

Sí, muchos y muy enérgicos, pero no en este artículo, a menos de hacerle interminable.

FANEGAS

Desde Zamora

¿Qué es el bloque? Pues sencillamente, el bloque, según el Diccionario, es un masculino que significa canto grande sin labrar; pero ahora se pretende dar a la palabra bloque nueva significación, cual es la de unión de todas las izquierdas de la política para dar la batalla al clericalismo.

«¡Tiene gracia! Los liberales fueron los eternos enemigos de los republicanos y hasta arrojaron de las filas a los que militaban en el campo radical; pretendían seguramente atraerse a los reaccionarios, y no dudaron en meter en su pecho a la víbora del neismo para darla calor; pero he aquí que la culebra agradecida picó al hombre de la fábula, y los liberales, aleccionados con la máxima que de esto se desprende, pretenden ahora vengarse de la culebra; y está claro, como ellos han perdido sus energías en la defensa de Cuba y Manila y en regenerar la administración española, se encuentran ahora anémicos.

Y en esta situación llaman en su auxilio a

los que militan en el campo de las ideas avanzadas para poder mostrarse hombres ante el pueblo.

Esta es una nueva bofetada que recibe el partido republicano, seguro puerto para la nave del liberalismo que se encuentra hoy zozobrando en España en los agitados mares de la política. Si la patria estuviera en peligro, por la salud de la patria, imitando a los jóvenes atenienses que por Grecia se sacrificaron en momentos sublimes, daría yo mi vida; pero luchar al lado del enemigo para que, obtenida la victoria, se aproveche de la situación y amordace después a los republicanos, eso no lo haré yo, ni lo hará nadie que no pretenda para restablecer la independencia de los menos vulnerar las ideas de los más, aniquilar el partido.

«Nuestras ideas! Ahí es nada. Las ideas que tanta sangre nos costaron y tantos sacrificios nos cuestan, comprometidas en un momento de locura para que los liberales se envuelvan en nuestra bandera y nos peguen después con el palo en los dientes!

El bloque es una nueva vergüenza nacional, y hasta que los liberales no nos den muestra evidente de su anticlericalismo, los republicanos, los demócratas, los radicales, los socialistas y los anarquistas no deben prestarles el apoyo que piden.

FRANCISCO FERNÁNDEZ

Zamora, Enero 19 8.

Procedimiento recomendable

He leído con gran delectación esto de *El Liberal* de Bilbao:

«El periódico neo *La Semana Católica*, órgano de los Luises, publicó un artículo insultando a un pintor muy conocido.

El agraviado se presentó esta tarde en la redacción del diario neo *El Porvenir Vasco*, donde encontró al autor del artículo, a quien abofeteó y derribó al suelo.

Aterrado el periodista, comenzó una desenfrenada carrera alrededor de la mesa de la redacción, pidiendo socorro.

El pintor, mientras tanto, no cesaba de atizarle trompazos.

A los gritos del vupuleado, acudieron los operarios de la imprenta y consiguieron librarle de mayores daños.

El articulista resultó con una herida insignificante en una ceja y con algunas equimosis en la cara.

El artista se extremó de tal suerte en la tarea de golpear a su difamador, que se dislocó un dedo de la mano.»

Con sólo poner en moda la aplicación de mojicones a las caras innobles o amadameadas de los neos, se evitarían muchas proclamas de pluma y de palabra. Sin perjuicio, claro está, de intercalarles algún puntapié que otro en la parte hacia donde suelen converger más las miradas de los frailes en los colegios.

Me dicen los amigos de Salamanca, que el próximo 11 de Febrero conmemorarán el aniversario de la República socorriendo a los correligionarios desvalidos.

Me parece bien, como me parecerá todo aquello que no sea celebrar banquetes para anunciar que este año será el último que viviremos bajo la monarquía.

Al cabo de 33 años resulta una broma tan pesada como ridícula.

Epidemia pesimista

Produce pena leer las obras de los escritores jóvenes. En todas ellas vive un pesimismo desconsolado, que aflige, fatiga y hace daño. No se ve en sus páginas ni la alegría de una ilusión ni el consuelo de una esperanza. Nada, en suma, de lo que da personalidad a la juventud, diferenciándola de la vejez, se advierte en el fondo de esos libros, que, a veces, son labor silenciosa de autores primizos. A lo largo de su aridez de erial suele notarse no más al artificio de la palabra, que la moldea, exorna y avalora con encantos y delicadezas pueriles. Si se profundiza es para derramar la ponzoña de la incredulidad en todo, para poner el aguijón de un pesimismo pulverizador. Nadie cree en nada. Todos los sentimientos y todas las ideas se conceptúan cual agradables ridículos, que sólo son excelentes para pasear la tontaina de un hombre o una mujer por las páginas de una novela. Autores noveles hay —López de Haro es un ejemplo— que han puesto de moda finalizar las obras matando todos los personajes o usar de las descargas cerradas para resolver cualquier tesis.

En vano es que quiera buscarse en los libros que ahora se publican deseos de lucha, indicios de aspiraciones, algo que pruebe la persecución de un fin. En ellos no se hallan más que desconfanzas, incredulidades, negaciones... Hombres que aún no han entrado en la vida llorando la muerte de todas las ilusiones, se llaman viejos de alma y alardean de conocer la hondura de todos los sentimientos. Para ellos es ridículo creer en el afecto de la familia, en la autoridad de los padres y en lo sincero del amor. Leed sus obras. Si crean un personaje honrado, es para ponerlo en ridículo, para que

sea cifra y compendio de mil puerilidades que enojan y de mil tontunas que desagradan. Ved sus casados. Al mes se odian, se repelen y andan en busca de ilusiones que el uso de un buen reconstituyente resolvería a gusto de todos. En las 200 páginas de la novela no se hace una sola afirmación, no se reconocen más derechos que los de ser delinquentes, crueles, incrédulos y despiadados. Si se recurre a la nobleza de un sentimiento verdad, es para ponerlo en pugna contra todo lo estatuido o para darle la razón en mil delitos a hombres y mujeres cuyas acciones están previstas y penadas en el Código.

Para gustar de una dadadita de optimismo, de consuelo, es preciso recurrir a los autores viejos. En los libros de los jóvenes nunca sonríe la vida ni se halla la gratitud de un esperanzamiento amable. Tras las frases bonitas y el artístico tejido de encaje de las palabras, todo es árido, todo es frío en la literatura de hoy. La virilidad se confunde con el cinismo, la franqueza con la insolencia y los ímpetus de la rebeldía con la potencia destructora de la pisada del caballo de Atila. De los jóvenes sólo se sabe lo que no quieren y las cosas en las cuales no creen. Leed un libro de versos. Como los buenos botijos, resaca lágrimas y lamentos. Se os habla de sueños azules, de horas blancas, de posturas de crepúsculo, y, a lo más, de damitas anémicas, princesas rubias o duquesas aristocráticas. Repasad las páginas de una novela. Allí sólo hay delinquentes y hetairas. Es una revista de Tribunales glosada con cuidadoso esmero, con menos sentimiento, con no tanta fogosidad, sin la vehemencia honrada de los delitos que todos los días se reseñan en los periódicos. A la postre, después de haber leído obras y obras, se saca el convencimiento de que la vida, con todas sus miserias y todas sus ruindades, es más hermosa y más consoladora que esa otra que se embellece y poetiza con los bordados de palabras de una literatura de alfileres.

GUSTAVO

El freno de «El Motín»

De *El Progreso* de Barcelona:

«Según una estadística, pasa de un centenar el número de curas y frailes presos o procesados por ataques a la moral y a la propiedad.

A ese número hay que añadir otro paquidermo: el coadjutor de Mediana de Aragón, Manuel Mainar Royo, que ha intentado violar a una niña de 13 años criada del párroco de aquel pueblo.

Por lo visto, Nakens pierde miserablemente el tiempo que consagra a la tarea de moralizar a los clérigos.»

No, querido colega; no lo pierdo. Habría que ver cómo estarían curas y frailes si *El Motín* no hubiera existido.

Cierto que hoy algunos cometen estafas, raptan doncellas, seducen casadas, estropean niñas, y a veces niños, insultan desde el pulpito, captan herencias, explotan la caridad, perturban las familias, preparan la guerra civil, atrofian los cerebros, etc., etc.; pero fuera de esto ¿quién puede tacharlos en nada?

Quisiera yo ver en su puesto a muchos de los que los acusan; de seguro serían lo mismo que ellos.

Cada ser responde a la condición de su naturaleza; la educación o el miedo al castigo podrán contribuir a que oculte sus instintos, mas no a que los modifique. Y ni el cura ni el fraile pueden sustraerse a esta ley. Ténase esto siempre en cuenta al juzgarlos y no causará tanta extrañeza su conducta.

Y sobre todo, caridad, hermano Melitón, caridad, como ellos la tienen de nuestras debilidades y miserias.

RÉPLICA

Sres. D. Crescencio S. Esculta, D. Lorenzo San Martín, D. Emilio Ortiz, D. Damaso Martín, D. Gregorio Abael y D. Marceliano Rivera.

Muy señores míos y distinguidos amigos: Gusto yo muy poco de las polémicas entre correligionarios, y mucho menos cuando, como ésta, tienen el carácter personal que ustedes quieren darle.

Por evitar que reaccionarios y gentuza clerical se alborocen con nuestras discusiones, contestaré a la carta de ustedes que se publicó en el número anterior de este batallador semanario.

Ustedes sufrieron lamentable equivocación suponiendo que yo hablé en su representación. Esto es inexacto. Leyeron las reseñas del mitin en los extractos que publicaron los periódicos locales, y ciertamente que éstos, por la premura del tiempo y por otras poderosas razones, no siempre se ajustan a la más escrupulosa verdad. De aquí nació su error y la falsa interpretación que dieron a mis palabras. Yo no recuerdo si las que ustedes subrayan fueron pronunciadas por mí, tal y como aparecieron en *Heraldo Mercantil*, lo que sí aseguro, es que yo no dije, *hablo en representación ni de los republicanos, ni tampoco de los radicales de Piedrahíta Barco*, no obstante otorgarme poderes

para ello el presidente del comité del último pueblo, D. José López Huertas, que asistió al mitin en unión de otros queridos correligionarios.

La única representación que yo llevé a dicho acto fue la mía, modestísima, sí, pero tan respetable como las de todos ustedes. Con esto creo queda desvanecido el error y contestado el punto más importante de la suya, una vez que ni ustedes me dieron su representación, ni yo tampoco cometi el atrevimiento de ostentarla.

En contestación a las caricias que me dirigen en su cariñosa carta, haré constar estas afirmaciones: que soy republicano radical afiliado al partido que dirige D. Alejandro Lerroux, si bien todavía no he tenido tiempo de convencer a ustedes, quizá porque no luché en su compañía en las barriadas, ni tampoco conspiré cuando ustedes lo hacían. En esto les reconozco superioridad. Que aunque joven, y sólo con seis años de lucha por los ideales, ya sé lo que es sufrir procesamientos y estar perseguido y vigilado cual terrible criminal por los servidores de la monarquía. Que no podía llevar la representación de los republicanos de mi pueblo porque no los hay, aunque tengo la esperanza de que los habrá en plazo no lejano.

Y, para terminar, creo indispensable el bloque en esta provincia por causas de todos conocidos, sin abdicar en lo más mínimo ni de mis radicalismos, ni mucho menos de mis ideales, para defender los cuales quiero ir siempre en su grata compañía, sin dar importancia alguna a estos *tiquis miquis* que ahora nos separan, y que en modo alguno harán disminuir el afecto que a ustedes profesa sinceramente su buen amigo q. b. s. m.

SANTIAGO TORRES

Tipos castellanos

DESAMPARADOS

Yo, que ya regocijé vuestro espíritu presentándoos el grato espectáculo que ofrecían unos felices viejecitos que charlaban placidamente al sol, quiero hoy ofrecer a vuestra conmiseración a estos otros pobres viejos, que también en los días benignos del otoño veréis sentados en toscos bancos de mampostería en los paseos públicos y en los sitios más alumbados por el sol.

Pero éstos no charlan jovialmente como aquéllos, los unos con los otros, sino que se os presentan cabizbajos, abstraídos en sí mismos, rumiando sinsabores o paladeando injusticias.

Pero su trabajo, que no fué prosidido por la inteligencia propia, fué disfrutado por otros; y con sus energías, hoy agotadas, se enriquecieron muchos parásitos, esos mismos despreciables parásitos que cuando se les acerca uno de estos vencidos para implorar una limosna, le contestan altaneros: «ya te di trabajo durante muchos años; no supiste ahorrar a pesar de mis buenos consejos; sufre ahora las consecuencias». Y cuando el infeliz se pone *palma* y porfia porque su estómago le acucia, el señorito, por quitárselo de delante, le alarga una moneda de cobre y esta homilfa: «toma, hombre, toma, pero cuidado con gastarlo en vino». Yo en su pellejo lo pondría a réditos...

Y dejando aparte ironías, a las que se presta poco la penuria de estos seres, yo os invito a que paséis junto a su lado una tarde espléndida de sol y frente a ellos os detengáis a observarlos; si sois pintores haréis un lienzo de tintes sombríos, si músicos un motivo trágico, y si poetas, ¡oh, si sois poetas, entonces seguramente aquellos pobres no volverían a dar negra pincelada en soleada tapia, no irían buscando un calor ténu, porque tendrían el fogoso de la justicia que vuestras liras habrían sabido arrancar de los corazones que hoy con indiferencia les miran cuando no con crueldad les tratan.

Paraos a pensar—yo quiero insistir sobre esto—. ¿No os apena ver su triste orfandad? ¿No tiembla vuestra conciencia cuando se os acercan en demanda de un socorro? ¿Os consideráis tan justos, que no creáis tener parte en la indigencia de estos hombres? Si trabajaron mientras pudieron ¿por qué han de profanar el pan mendigándolo? ¿Qué razón existe, qué religión ampara, qué egoísmo disculpa esta tremenda injusticia? Pues si ninguna razón lo aconseja, si ningún dogma lo autoriza, si ninguna egolatría lo justifica ¿por qué consentirlo? ¿Por qué no unirnos todos para formar un bloque que evite la visión de estos cuadros desconsoladores? Si somos artistas hagámoslo por el arte, si cristianos por la caridad que recomendó el Maestro, y si conscientes y progresivos por la dignidad que debemos al hombre.

Estos hombres que gastaron sus energías en el taller, en la mina, en la oficina o acaso en el laboratorio, tienen perfectísimo derecho a disfrutar cómodamente los pocos años que les restan de vida, ya que los más y los mejores en el altar de Humanidad los consagraron.

Vosotros, legistas; vosotros, filósofos; vosotros, los amadores del arte; todos los que pensáis y obráis: tened muy en cuenta lo apuntado, tratad de impedirlo y vuestras conciencias os lo agradecerán. Ya os oigo que existen asilos, que hay hospitales; mas todo eso es casill, y lo que yo pido y estos

pobres viejecos necesitan, es cariño y justicia.

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo, Enero 1909.

Instantánea

Para el día 1.º del próximo Febrero está anunciada la llegada a Cádiz del misérrimo aprendiz de ladrón, el *Vivillo*, del que por fin se ha conseguido la extradición solicitada por nuestro Gobierno, al de la República Argentina.

Torpe me pareció siempre el entre los tontos, célebre bandido de Estepa.

Andar por los caminos de acá para allá, hecho un azacán, solicitando más que robando a los poderosos unos puñados de pesetas, exponiéndose a cada instante a recibir un balazo, sufriendo día y noche la inelencuencia de los elementos, para marcharse a América con cuatro cuartos y dejarse pillar como un novato, más demuestra imbecilidad que viveza y altas dotes en el arte de Caco, Candelas, José María y Cartouche, que tan brillantes aficionados tiene en esta tierra de los garbanzos.

Candidez paradisiaca resulta hoy la afición al antiguo caballeo.

El modernísimo tratado que enseña a apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, aconseja otros métodos y otros procedimientos más eficaces y seguros para hacerse rico, tales como transformarse en hampón de la política restauradora, cacique sirvengüenza, muñidor electoral, contratista de algo, aunque sea de una suculencia, monopolizador aunque sea del aire, y hasta tendero o vendedor de estropajos.

De esa manera alcanzan muchos la meta social pasándose el Código por los talones; engordan, se enriquecen a ojos vistas, llegan algunos hasta a legisladores, o padras de la patria, vistiendo en vez del marsellé el gaban de pieles, en vez del calañé la chistera; armados, no con el trabuco, sino con el bastón simbólico; montando, no el duro potro, sino el lujoso landó, paseando su lujo por entre las masas famélicas, contestando a los clamores con énfasis carcajadas.

Esto es arte y ciencia desarrollados y perfeccionados por los verdaderos *vivillos* que saben que en este retocochino mundo no se castiga el robo, sino la manera de robar.

I. RODRÍGUEZ ABARRATEGUI

LÓGICA DE BEATA

La vieja feligresa y admiradora del párroco de aquel lugar, le había defendido y le defendía contra las malas lenguas de los descreídos que lo censuraban.

Según ella, lo que había ocurrido, si bien lamentable, no tenía la importancia que le daban. Fué esto solamente.

Doña Ursula, señora muy católica y quedada de todo el pueblo por sus virtudes, había quedado viuda.

Su esposo, al morir, creyó que para cuidar de la fortuna y la honra de su familia nadie mejor que su amigo el párroco, y suplicóle que se llevase a vivir con él a su esposa y a su hija, preciosa joven de dieciocho años.

Accedió caritativo el ministro del Señor, y ellas, muy contentas, se instalaron en la casa parroquial a los pocos días de enterrar al difunto.

En santa paz vivían, a pesar de la tristeza que invadió a la joven a los dos o tres meses de variar de residencia, y así hubieran continuado, de no ocurrir una desgracia inesperada: la muerte de la triste al dar a luz un niño muerto.

La madre no pudo resistir el rudo golpe y murió al poco tiempo, quedándose sólo el pobre cura.

Y dice la beata:

«No es que yo justifique la debilidad del señor cura, pero la disculpo; todos somos pecadores y el justo cae siete veces al día. Pero debemos perdonarle el que causara la muerte de tres seres humanos. ¿Cuántas almas no habrán entrado en el cielo desde entonces, gracias a sus exhortaciones y a sus rezos! Y esto no hubiera ocurrido si se le procesa y se le envía a presidio. ¡Debemos perdonarle, debemos perdonarle!»

J. G.

Y DALE

Ya huele a rancio lo del bloque. Me parece no merecer esa inestable amalgama los honores de que se la dé importancia, y si no fuera por los pocos que pueden ir engañados de buena fe, no sería digna siquiera de tomarse en consideración. Porque meditando un poco en los antecedentes y actualidad de esas conjunciones, apréciase harto claramente la consecuencia de su insustentabilidad. Veamos. Antecedentes. No tan lejanos que haya necesidad de detallarlos: yo les recuerdo perfectamente y no tengo treinta años. Cuando Castelar dejó en libertad a sus amigos (uno de ellos Abarzuza, exministro sagastino y maurista), aconsejándoles irse

con los liberales porque las conquistas democráticas eran una realidad (véanse las cartas de D. Adolfo Calzado en *El Mundo*) la casi totalidad de ellos apresuráronse a engordar el partido fusionista: varios han sido ministros; algunos son hoy moretistas furibundos. ¿Hay uno sólo de los de mediana importancia que, a la vista de las obras reaccionarias ejecutadas por el partido liberal, tomase la absoluta? ¿Cá, si van muy a gusto en el machico!

Y si eso hicieron los que, durante más o menos tiempo, habían sido consecuentes ¿cómo vamos a esperar consecuencia para lo sucesivo de los *chaqueteros* que pretenden dirigir el bloque, siendo los unos caracteres semiabúlicos sin firmeza para imponerse y los otros espíritus tornadizos, acomodaticios, cucos? ¿Qué garantías pueden ofrecernos ni el jefe, ni sus más distinguidos adláteres?

Para desacreditar al primero, bastan dos hechos recientes. La derogación del decreto de D. Alfonso González, única muestra liberal dada en treinta años casi, y su actitud cuando la ley de Asociaciones. Y los demás... Canalejas, republicano de joven, demócrata de siempre, malquisto de Moret por sus radicalismos, que abandonó la cartera de Agricultura en un ministerio sagastino cuando la célebre ponencia, que riñó crudamente con Moret en la última etapa liberal, por la zancadilla de éste a la *bandera* de aquél, a la ley de Asociaciones, y que ahora le ayuda de nuevo aunque el jefe de los liberales no ha dicho «esta boca es mía» aludiendo a esa ley: ¿es que aún no le conoce?... ¡Tampoco!

Melquiades Alvarez, que desde el más furioso radicalismo ha venido, según él mismo atreviase a confesar en Granada, «a gobernar a España respetando los privilegios de la Iglesia en el Estado, ateniéndose a lo estatuido en el Concordato», y según él yo recientemente—que estuve en la corte—á unos señores que conversaban ante unos *bocks* en la Maison Dorée, para ir derecho al cajón del pan: y cuenta que aquellos caballeros ponían las palabras en boca de Maura cuando Silvela le hizo ministro de la Gobernación.

Gasset, liberal primero, silvelista después, ministro de Fomento con Villaverde, firmante de aquél célebre manifiesto-programa de los amigos del marqués de Pozo Rubio; casi enseguida ministro con Moret...

Alba, secretario del célebre partido de Unión Nacional que, cuando lo vió mortecino, abandonó para irse de subsecretario con Villaverde, gobernador-correo y ministro breves horas con Moret, etc., etc.

¿Qué ejemplaridad para adquirir prosélitos desinteresados! El juego está claro, como diría Maura.

Dejémoslos de cosas tristes y esperemos que las victorias de Barcelona y Valencia despierten al pueblo de su anonadamiento.

J. A.

Desde Béjar

A LOS PADRES DE FAMILIA

Suscrita por numerosas firmas, hemos presentado al Municipio una solicitud, que fué leída en la sesión de ayer y que copiamos íntegramente a continuación:

«Sr. Alcalde y demás miembros del Ayuntamiento constitucional de Béjar.

Los que suscriben, hijos y vecinos de esta ciudad, sabedores de que a numerosos niños de la escuela elemental del Salvador se les saca de la misma durante las horas reglamentarias de clase y se les lleva sin consentimiento de sus padres a la iglesia parroquial correspondiente, a ensayar himnos que se han de cantar en una manifestación clerical próxima a celebrarse, recurren a esa municipal corporación, en solicitud de que se corten rápidamente y se corrijan cual merezcan tamaños abusos, haciendo a la vez todo lo posible para evitarlos en lo sucesivo. Consideramos merecedor de censura y de correctivo el mermar las horas de clase, sea en lo que fuere,—máxime tratándose de una escuela cuyos últimos exámenes fueron deficientísimos—y el llevar los niños a parte alguna sin autorización de sus familias.

Esperamos, pues, concederán a este asunto toda la importancia y actividad que su gravedad requiere, y que harán en él recta justicia.

Vivan ustedes muchos años.—Béjar doce de Enero de mil novecientos nueve.»

Estimamos necesario publicar este documento, para que se vea a qué extremos de inoble osadía va llegando el clericalismo en Béjar. Sabemos que los curas y algunos maestros están en inteligencia para ese positivo y reptiliano complot, que ha de tener remate mañana con una inusitada manifestación,—colada como por sorpresa—en la que se quiere poner de mampara y hacer desempeñar cual siempre un papel ridículo a los hijos de los obreros, y que, por tal circunstancia y por todas las demás, tiene todos los aspectos de una provocación y de un engaño.

Sabemos igualmente que—después de haber dado quejas al maestro, el lunes 11, y al alcalde, el martes 12, la madre de un niño que fué sacado de la escuela del Salvador a las horas de clase y llevado a la iglesia a cantar, sin la aprobación de sus padres—han vuelto a ser sacados otros a las mismas ho-

ras, con idéntico fin y sin consultar antes la voluntad de sus mayores. El párroco del mencionado distrito se obstinó en llevarse a los chicos, y el maestro no supo, no pudo o no quiso hacer ver sus indiscutibles derechos dentro de la escuela. ¿Se quiere más despótico atrevimiento en el cura, y más raquítica cobardía en el maestro? ¡A no ser que estuviesen de acuerdo y esto fuese una estratagema!

El clericalismo nos provoca a lucha una vez más; pero por la espalda, hipócritamente, solapadamente, como cumple a su condición, a su desprestigio, a su cada día más acentuado desmoronamiento. No obstante, aunque él ataque así, nosotros, sus irreconciliables enemigos, debemos responder siempre, mas con la nobleza, con la decisión y con la claridad que nos son peculiares.

Y por lo mismo, respondemos con esta hoja.

Y por lo mismo, respondemos celebrando un mitin, que tendrá lugar hoy 15 de los corrientes, a las siete y media de la noche, en el local del Centro obrero textil, calle de Alojería, al cual puede concurrir todo el que guste. Nosotros invitamos en especial a las mujeres y a la Prensa.

Y por lo mismo, respondemos en cuantas formas y en cuantos terrenos sea preciso.

Los librepensadores bejaranos

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO.—VICENTE VALLE.—EULOGIO GARCÍA Y OTROS MUCHOS

Béjar 15 Enero 1909.

Nota.—Esta hoja debió publicarse el día de su fecha; pero no ha podido ser, por haberse negado a hacérsela el impresor, abogado y alcalde D. Francisco Muñoz. La otra imprenta que hay en Béjar nos declaró el *boicott* hace mucho a los verdaderos amantes de la libertad y del progreso. Por todo lo cual no ha podido darse a luz oportunamente. Sin embargo, como estas luchas son siempre oportunas, nos determinamos a publicarla, aunque hubiera que mandarla imprimir en los antipodas, en el infierno o en el cielo.

Remembranza

SEÑORES Y VILLANOS

Un escritor católico, Boulainvilliers, calificaba de hermosos los feudos, llegando en su encomio a atribuir su origen a Dios.

Otro escritor no menos ortodoxo, Schlegel, escribe: «Los caballeros necesitan los placeres de la caza en medio de la bella Naturaleza; ¿con qué derecho el siervo, privado del sentimiento de lo bello y apegado a la gleba, podría estorbar los goces del Señor?»

Abramos un antiguo fuero: «Estoy en posesión con justo título de imponer y explotar alto y bajo y a voluntad del Señor a tal hombre, mi hombre de cuerpo de siervo condición y mano muerta, y de exigir a su persona y a sus bienes toda clase de prestaciones de servidumbre». Entre los señores y los villanos no había persona alguna que impusiese humanidad: «Ellos pueden hacer lo que se les antoje, a tuertas ó a derechas, y no tienen que responder más que a Dios». De ahí el desprecio de los siervos y el odio contra los nobles.

El Romancero de Rosa dice de los villanos:

«Es loco y sin piedad,
Sin servicio ni amistad.»

Los villanos devolvieron el desprecio a los nobles. Su refrán decía:

«Jamás el villano preció la hidalguía,
Y goza si humilla doble altanería.»

En la brutalidad de su dominación, los señores decían: «Mi hombre es mío; yo puedo coocerle ó asarle.»

Loisel trae una máxima que no es menos dura:

«Untad al villano y os coceará.
Sajadle y os untará.»

En el «Romance del zorro» se lee: «El villano debe vivir de cardos.»

Cuando el abad de Luxenil iba a dormir a la aldea de Monterux, en la Lorena, los villanos pasaban la noche golpeando los estanques para que el sueño del prelado no lo turbara el cántico de las ranas. Grin refiere el cantar de los pobres aldeanos:

«Paz, di á las ranas, paz.
Que está aquí el Abad
á quien Dios guarde.»

¡Y todo esto de derecho divino! Mas de igual origen han sido todas las iniquidades que han manchado las páginas de la historia; el despotismo, la tiranía, la aristocracia, la yocracia, la teocracia, la oligarquía... Ninguna de estas instituciones se salva de los embates del derecho nuevo, de la revolución triunfante ó en marcha cumpliendo providenciales destinos.

Mientras se celebraba misa en la iglesia católica de Nax (Sión), se hundi6 la bóveda y aplastó a 28 feligreses, si contar otros 39 heridos graves.

¡Milagro! Milagro, sí, pues salió el cura completamente ileso para seguir ensalzando la bondad divina, la divina misericordia.

Y la redacción de EL MOTIN tan firme.

Las Ordenes Militares

(5.º)

CONDICIONES COMUNES

Las Ordenes, ó mejor dicho, Comunidades militares, reclutaron su personal en un principio entre las clases más humildes y desheredadas de la sociedad; clases que, salvo excepciones, con miras especulativas, formaban las demás Comunidades. Es decir, que excepto en lo de armar férreamente á parte de sus individuos, y de procurarse cuantiosos bienes, en lo demás imitaron á Cristo, que reclutó su cohorte entre pescadores. Y que para desligarlos de toda ambición mundana, les prohibió llevar alforjas y usar bolsillos.

En esto y en lo de dar mandobles se separaron un poquito de la doctrina del Maestro, doctrina que dicen defender. Se organizaron, pues, las Ordenes con *hombres solos*, con hombres de armas y hombres de rosario. No tenían mujeres.

Pero andando el tiempo, las Ordenes fueron progresando en riqueza, y pronto aparecieron bajo su sombra las Congregaciones de hembras.

REGLAS

Tenían ó tienen estas Congregaciones reglas comunes con pequeñas diferencias. Parte de ellos hacen votos, tienen los mismos deberes y derechos que los demás frailes y hacen vida conventual.

Los otros hacían y hacen también votos; pero no tan estrechos, ó, como decimos vulgarmente, votos con manga ancha. Helos aquí:

- 1.º Obediencia ciega al gran maestro.
- 2.º Continencia conyugal; y
- 3.º No poseer bienes ni enajenarlos sin permiso del superior de la Orden.

Quiere decir esto, en buena callejuela clerical, que cuanto poseen los neófitos que ingresan en dichas Congregaciones pertenece, por este solo hecho, á la madre Iglesia, y queda, por tanto, libre de todo tributo para el Estado civil.

Estos religiosos de medios votos hacen vida civil y pueden desempeñar toda clase de cargos del Estado, y percibir, por consiguiente, sueldo militar, sueldo civil, sueldo de empresas, etc. Y *renta* á la vez de los *Cotos*, ya como maestro, comendador ó prior, sin que el público se aperciba de la doble ó triple condición del beneficiado. Esta clase de instituciones sólo existen en España.

Y estas ventajas no despreciables, unidas á la exención del servicio forzoso en los ejércitos del rey, en aquellos tiempos en que el estado normal era la guerra y en que la tranquilidad y el bienestar material se había refugiado en los conventos, fueron atrayendo á las nuevas Ordenes, primero á la clase media, luego á los magnates, y por último á los príncipes y hasta algunos reyes. Y las clases humildes, tanto hombres como mujeres que formaron las Ordenes en un principio, quedaron reducidos á los quehaceres interiores de los monasterios.

Las hembras se regían y rigen por las mismas reglas que los varones; y obtenían, como ellos, los cargos retribuidos de maestranzas, comendadoras y prioras. Y parte estaban y están recluidas, y parte hacían y hacen vida civil.

Los varones, fuera de clausura, no usaban ni usan el pardo sayal, sino lujosísimos y fantásticos trajes guerreros de la Edad Media, trajes con que suelen presentarse individualmente en las solemnidades palatinas, en procesiones y en entierros.

MISIÓN

La misión común de las Ordenes tituladas militares es hacer la guerra hasta perder la vida en defensa de la *fe católica*. Pero, por causas que se ignoran, aún no se han batido en colectividad ni en España, ni en Flandes, ni en Lepanto, ni en nuestra llamada Independencia, ni en Marruecos, ni en las Antillas, ni en Filipinas. No tienen, pues, historia militar, á pesar de contar ocho siglos de existencia. Y huelga, por tanto, el título que ostentan.

Y como un velo para cubrir esta deficiencia, se dieron los nombres de las Ordenes á cuatro regimientos de caballería, que nada tienen que ver con ellas.

Tenían las Ordenes al ser disueltas en 1836:

Maestros ó dignidades.....	27
Comendadores.....	305
Prioros.....	24
Conventos de varones.....	26
Idem de hembras.....	14
Renta personal, reales.....	17.181.947

Esta renta personal es la que percibían por nómina los jefes y oficiales de las Ordenes, los que hacían vida civil, los que no habitaban en el convento ni comían un rancho. Pero como los que podemos nominar, soldados y soldadas (los acuartelados) tenían que sumar mucho mayor número que su oficialidad, como ocurre en el Ejército, y á los cuales había que facilitar alimento, ropa, cama, luz, etc., y edificio cuartel, más la no despreciable cantidad que en concepto de protectorado habían de girar á Roma, no será mucho suponer, para estas atenciones, una cantidad por lo menos igual á la de la oficialidad, á menos que en las Ordenes toda la baraja sean *ases*. Y así calculando, tendremos, en números redondos:

Haberes de oficiales.....	17.000.000
Idem de tropa, cuarteles, etcétera.....	17.000.000
TOTAL.....	34.000.000

Tenían las Ordenes un organismo central administrativo, compuesto de una Real Superintendencia, Real Tesorería, Real Contaduría y Real Junta Apostólica. Eran, pues, las Ordenes, y son ahora, un *Estado dentro del Estado*.

Y de tal manera llegaron las Ordenes á imponerse sobre el Estado, que Carlos I y Felipe V hicieron frente al Papa en defensa del derecho real, y promulgaron leyes, trayendo á su jurisdicción á los individuos de las Ordenes en todos los delitos que no fuesen puramente religiosos, de donde se deduce que cometían delitos comunes y que éstos quedaban en la impunidad. Los reyes absolutos protegieron á las Ordenes para que el Papa les protegiese; pero ninguno de ellos formó parte de las Ordenes bajo la obediencia de su prior.

Y si cuando las Ordenes, protegidas indirectamente por el Estado, aumentaban sus riquezas como podían y con más ó menos legalidad, llegaron á tan importante renta, ¿á cuánto ascenderá ésta hoy que el Estado las protege directamente con la explotación de las poblaciones que forman los *Cotos* redondos? Porque hay que tener en cuenta además que los *Cotos* quedaron sin acotar ó sin limitar (véase nuestro art. 3.º), con la sana intención, sin duda, de irlos ensanchando conforme las necesidades futuras.

Y como los *Cotos* los forman, si no se nos demuestra lo contrario, Sevilla, Granada, Ronda, Valencia, Zaragoza y acaso alguna población más, no será dislate, dada la superioridad de estas poblaciones sobre las que antes poseían (Calatrava, Alcántara, Santiago y Montesa), convertir los millones de reales de entonces en millones de pesetas de hoy. Y tendremos que disfrutaban las Ordenes (con perjuicio del Tesoro) de una renta en pesetas que excede, según este cálculo, de 30.000.000, mas una propina (para culto) de 75.000.

Y para que todo fuese completo en este asunto, una vez que Su Santidad, vencido en Vergara, se convirtió en vencedor en Roma con la ayuda de D.ª Cristina y de D.ª Isabel, no se satisfizo con restablecer las Ordenes, disueltas en 1836, y la donación de nuevos *Cotos*, sino que exigió también que los bienes antiguos les fuesen abonados en *Deuda personal y vitalicia*. Y lo logró del mismo Gobierno, que llevó de matute la dotación del clero al Presupuesto laico (véase Ley 11 Julio 1856). Y las Ordenes se quedaron con la renta, con los nuevos *Cotos* y con los *viejos*, que no los soltaron. Para más detalles, el ministro de Hacienda, Alcalá, 3.

Y tienen la palabra los diputados republicanos, empezando los solidarios.

MERCURIO

OVEJA AL REDIL

El *Boletín Eclesiástico* de esta diócesis, publica la siguiente:

«Excmo. señor obispo de Madrid-Alcalá; El que suscribe, modesto escritor hoy, hace ante su ilustrísima retractación sincera de cuantos errores ha propagado en sus campañas anticlericales y republicanas, pidiendo perdón á la Santa Iglesia Católica y á sus nobilísimos hijos del cieno inmundo con que salpicó tan salvadora doctrina.

El que en artículos, folletos, libros y conferencias arrojó infames palabras descortizando con alegría salvaje al pueblo; el que seguido de sus ideas libertinas no temió desear el profanado excomuniones, y ridiculizó, profanó y escarneció el dogma, hoy hace pública retratación de tan infame proceder.

Y por intercesión de María Inmaculada, que ha derramado sobre mí sus gracias celestiales, yo pido humildemente á Su Ilustrísima me perdone y publique en el *Boletín Eclesiástico* la presente carta, que firmo en Madrid á 13 de Diciembre de 1903.

Vuestro siervo en Cristo, *Sebastián Luque*.

Me van produciendo lástima todos estos infelices que se ven obligados á decapitarse moralmente.

El hambre produce tales alucinaciones (lo sé por que la he pasado), que hasta es posible que alguno crea ver á la Virgen ofreciéndole cariñosamente un panecillo.

Por lo demás, confieso avergonzado mi ignorancia: no sabía que existiese un señor Sebastián Luque que hubiera hecho tantos estragos en las conciencias con artículos, folletos, libros, etc.

Esto no quita para que felicite al obispo de Madrid por esa gran adquisición, y le anticipe de paso la noticia de que me estoy preparando con el P. Ferrándiz para ingresar un día de estos en el amoroso seno de la Iglesia.

Ya ha logrado convencerme de que la religión sirve para todo y para nada estorba, y de que los católicos, exceptuando el 95 por 100, todos son buenas personas, incapaces de cometer una buena acción, si no les produce algo. Y creyendo ya esto, lo demás es coser y cantar

Con que vaya la Iglesia construyendo bajados para sustituir á los que se rompan en el repique general de campanas que habrá en toda la cristiandad el día de mi conversión. Porque quiero campaneo, mucho campaneo, para que mi entrada en la Iglesia sea ruidosa en todos sentidos.

Cobra y no pagues

Murió el general Mena y dejó al pueblo de Puente la Reina un gran legado, que administra el obispo de Pamplona. Y parece ser que este perfecto prelado, dedica parte del producto á sostener una comunidad de Agustinos, parte á las necesidades de su casa.

Visítóle hace algún tiempo una comisión de vecinos de Puente la Reina para rogarle que diera á los fondos del legado la aplicación debida y contestó con la entereza reservada á los hombres que cumplen con su deber:

—Yo hago de este dinero lo que me venga en gana. Si me aprietan ustedes, soy capaz de establecer un nuevo convento.

El día 5 del actual fué á aquella población con objeto de confirmar á los niños y salieron á recibirle únicamente las autoridades y algunas señoras.

Ya en la iglesia, y mientras él sacramentaba á los niños, se escucharon murmullos de protesta de los fieles.

Al confirmar á un niño que iba de la mano de su madre, ésta, encarándose con el oficiante, le dijo secamente:

—Muy bien, señor obispo, que cumpla usted con lo que pide la Iglesia; pero bien podría usted también cumplir la voluntad del difunto general Mena.

Otras señoras apoyaron tales frases y se armó con este motivo un escándalo formidable. El obispo, más blanco que la cera y con los ojos clavados en el suelo, no tuvo ni valor para replicar.

Una lindísima muchacha de quince años, que se hallaba cerca de él, dijo al observar su actitud de mansedumbre:

—¡Mírale, parece que en toda su vida ha roto un plato!

Esto provocó risas, protestas y acrecentó el escándalo.

Un concejal reaccionario, íntimo amigo del obispo, avanzó hacia las que protestaban, esgrimió el bastón de borlas y amenazó con llevar á la cárcel á las que continuaban alborotando.

—¡Fuera! ¡Fuera ese intruso adulator!—se oyó entonces en todo el templo, y la gresca subió de punto.

A la salida de la iglesia, donde á toda prisa se terminó la ceremonia, esperaron al prelado un grupo de señoras, y en el momento mismo de verle atravesar los umbrales comenzaron á gritar, oyéndose algunos mueras.

El obispo, á toda prisa y en compañía de las autoridades y de sus servidores, escapó visiblemente contrariado.

Y allí se quedaron comentando los sucesos más de 500 personas, en su mayoría mujeres.

Una mujer, hermana de un sacerdote, intentó defender al obispo, y esto dió lugar á que se promoviera un nuevo escándalo, teniendo que intervenir la policía, que fué al fin la encargada de disolver los grupos y restablecer el orden.

Comparando la conducta de los obispos que reclaman airados lo que suponen que el Estado les debe, con la de este que dispone de lo que no es suyo, se viene involuntariamente á la memoria lo de cobra y no pagues, que somos mortales.

Por lo demás, no deja de ser divertido el ver á un pueblo católico en masa decirle á su prelado: «suelta la mosca, amigo.»

Se acercan los tiempos que he soñado.

Remedio eficaz

Se observa con frecuencia que, para la mayoría de los disidentes, los sacerdotes del catolicismo inventan ó simulan una retractación de última hora, precisamente cuando el pensamiento y la voluntad del enfermo están casi anulados.

En los casos (y son los más frecuentes) en que el individuo disidente no haya hecho públicas manifestaciones de disidencia, los representantes del catolicismo apelan al socorrido sistema de decir que todo aquel que está bautizado (bien que haya sido sin su voluntad ó contra su voluntad), se halla dentro del gremio de la Iglesia católica, apostólica y romana, y debe ser considerado como católico mientras no manifieste libre y espontáneamente lo contrario.

Para evitar estos *católicos atropellos* de última hora, en que, sin respeto al dolor de la familia, ó tal vez aprovechando aquellos momentos de más intensa aflicción, se conculca la voluntad manifiesta del difunto y se escarnece su memoria, haciéndole aparecer como un veleidoso ó un farsante, sin la firmeza y el valor de sus convicciones, propongo y excito á todos los disidentes que consignen su voluntad en documento público, afirmando no pertenecer á la religión

católica, apostólica y romana y que á su muerte desean se les entierre civilmente.

Esta manifestación puede hacerse pública en testamento ó en acta firmada por tres testigos, para hacerla valer en su día ante la autoridad eclesiástica, si fuese preciso.

«Yo, Santiago Muñoz Macías, natural de la villa de Aroche, partido judicial de Aracena, provincia de Huelva y vecino de la villa de Nerva, partido judicial de Valverde del Camino, de la misma provincia, domiciliado en la actualidad en las Minas Peña del Hierro, Grupo 4, número 2, de estado soltero, de profesión escribiente y de veintiocho años de edad: De mi libre y espontánea voluntad declaro que no soy del gremio ó comunión de la Iglesia católica, apostólica y romana, y si soy disidente de ella, lo cual es público y notorio, toda vez que no cumplo ni quiero cumplir precepto alguno de dicha Iglesia; y, aún cuando no fuese pública mi disidencia, la declaro espontánea en este documento que hago público, para que siempre conste mi resolución sincera y leal, y que no obro impulsado por odio á dicha religión católica, apostólica y romana.

Y para que surta los efectos consiguientes, firmo este documento con tres testigos, en Minas Peña del Hierro, á seis de Octubre de mil novecientos ocho.

El Interesado,
SANTIAGO MUÑOZ MACÍAS.

LA DESCATOLIZACION

El señor D. Melquíades Álvarez no pierde ocasión para repetir que los republicanos españoles no aspiramos á descatalogar á nuestros compatriotas. Si esta afirmación la hace de buena fe se expone á sufrir un gran desengaño; si con *reservas mentales* es un inocentón, porque los católicos que por aquí se usan no son tan cándidos que se mamen el dedo, ni comulguen con ruedas de molino; sólo mamen en ubres bien repletas y comulgan con hostias, dejando las ruedas de molino para los pícaros incrédulos.

El señor Álvarez nos parece que se excede un tantico en sus afirmaciones, porque por mucho que él valga—y vale mucho—y sus amigos personales, en cuyo nombre puede hablar sin temor de equivocarse, hay muchos republicanos, entre ellos algunos que pueden codearse con el señor Álvarez, que piensan de muy distinta manera.

Además, eso de la descatalogación á secas es tan vago, que se presta á varias interpretaciones y es preciso distinguir.

Si por descatalogación se entiende la persecución de las ideas y de los hombres que las profesan á la usanza católica, es decir, con la inquisición y con el boicoteo, según la época y el lugar; arrancando á Galileo una abjuración—de que en el mismo acto se arrepiente—y condenándolo á destierro perpetuo; persiguiendo encarnizadamente á Savonarola, hasta conseguir llevarlo á la hoguera; atrayendo villanamente á Bruno á la ratonera para tostarlo vivo; condenando un tribunal de sacerdotes y teólogos á la salvadora del honor militar y del territorio francés á igual pena por hechicera, hereje, blasfema y adivinadora, para que cuatro siglos y medio después otros sacerdotes y teólogos tan sabios y tan infalibles como aquellos la beatifiquen, no por patriota y sublime inspirada, sino por *milagreira*... y otros mil casos análogos en lo antiguo. Y en lo moderno robando los hijos para bautizarlos contra la voluntad de los padres; secuestrando jóvenes doncellas para nutrir apriscos místicos; captando herencias á cambio de salvoconductos para la eternidad celestial; exigiendo la cédula de comunión ó certificado del párroco para dar una humillante limosna ó admitir en los asilos benéficos, que si algo beneficiaban no es á los asilados sino á los que dirigen y administran; minando el terreno en lo económico, en lo industrial, en lo judicial á todo el que no hace profesión de fe católica; atentando á la dignidad, á la honra, á la virtud de todo el que aspira á ser independiente; en una palabra, negando el agua y el fuego y envolviendo en una atmósfera de odio africano á todo el que tiene la osadía de no someterse incondicionalmente á la Iglesia...

Si el señor Álvarez y los que le siguen entienden de esta manera la descatalogación, pueden estar tranquilos, porque los republicanos vienen dando desde la revolución del 68 repetidas y elocuentes pruebas de que no se han servido ni se servirán jamás del dolo, la mentira, la fuerza y el crimen para hacer abjurar á nadie sus errores.

Los republicanos—y no se nos venga con una ó varias excepciones—son, antes que nada, honrados, dignos, decentes é incondicionalmente librepensadores, con lo que dicho está todo.

Pero si por descatalogar se entiende combatir el que consideramos error católico, combate á ultranza en la tribuna, en la cátedra, en el periódico, el libro, el folleto y la hoja suelta; en la calle, en el café y en la tertulia, de día, de noche, á todas horas, sin tregua ni descanso, sin contemplación al sexo, á la edad, á la jerarquía, al sitio ni á la ocasión...

Si por descatalogar se entiende abrir nuestras escuelas, nuestros hospitales, nuestros

asilo a todo el que los necesite y los solicite, sin preguntarle, antes bien prohibiéndole que haga profesión de fe política y religiosa, teniendo los brazos abiertos hasta para nuestros enemigos que bastante castigados resultarán con solicitar nuestro amparo... entonces no será honrado, ni decente, ni caballero, ni humano el que no se apreste a la lucha hasta exhalar el último suspiro.

Pero nuestro encarnizado combate se librará en terreno neutral, con armas iguales, con el corazón en la mano y el razonamiento en los labios. No amordazaremos la prensa ni la tribuna de los católicos, pero no toleraremos las procazidades, las injurias y las calumnias que se nos lanzan impunemente desde el púlpito; desataremos o romperemos, si es preciso, todos los lazos que oprimen la conciencia, sin erigirnos los de ésta o de la otra o de ninguna secta religiosa en seres privilegiados, ni aún como desquite de los privilegios católicos que hoy nos abruma.

Tal idea tenemos del error católico, que bastará la igualdad de derechos para que el catolicismo se venga abajo como las desgraciadísimas ciudades italianas por los recientes terremotos.

V. TORRES

LOS GRANDES IMPÍOS

«Nada hay más grande en el mundo que librar de la lepra de la calumnia un glorioso y espléndido nombre. Nada más noble tampoco que hacer beneficios a nuestros bienhechores. Los impíos de una edad han sido los santos que han ceñido la celeste aureola en la siguiente. Los destructores de lo antiguo han sido siempre los creadores de lo nuevo. Lo viejo se derrumba y lo nuevo se hace viejo. En el mundo intelectual como en el material, hay decadencia y crecimiento, y aun junto a la tumba desolada, yérguese la juventud y la alegría. La historia del progreso está escrita en las vidas de los grandes impíos. Los derechos políticos hanlos asegurado los traidores; los derechos intelectuales se los debemos a los impíos. Atacar a los reyes, fué traición; oponerse a los clérigos, blasfemia. La espada y la cruz siempre marcharon juntas; una y otra se defendieron mutuamente. El trono y el altar están ligados son buitres salidos de un mismo huevo. Fué Jaime I quien dijo: «Ningún rey, ningún obispo; ni iglesia ni corona; ningún tirano en el cielo, ningún tirano en la tierra.» Toda monarquía que ha causado la desgracia del mundo, todo despotismo que ha llenado de temor a los hombres, no han sido sino copia del supuesto despotismo del infierno. El rey poseía los cuerpos y el sacerdote era dueño de las almas: el uno vivía de impuestos y de diezmos el otro; era el uno un ladrón y el otro un mendigo. No se encontrará en la historia del mundo un mendigo caritativo. El que de la caridad vive, no suele nunca practicarla. Los ladrones y los mendigos intervienen, no sólo este mundo, sino el otro. El rey dictaba leyes; el sacerdote dogmas. Encorvada la espalda, recibía y soportaba el pueblo las cargas del uno, y con la boca abierta de admiración, los credos del otro. Si algunos aspiraban a ser libres, eran triturados por el rey, y cada sacerdote desplegaba su heroísmo para matar a los hijos de aquellos hombres esforzados.»

«Los impíos han sido los descubridores intelectuales. Los impíos han explotado el mal desconocido y descubierto las islas y los continentes del vasto reino de la idea. ¿Qué hubiera sido del mundo a no haber existido impíos? El impío en religión es lo que el inventor en la mecánica. Lo que el impío en religión, es en el mundo político el hombre que combate las huestes de la tiranía. El impío es un hombre que ha descubierto un hecho, y no se asusta de la verdad. Durante mucho tiempo prevalece la idea de que podría probarse si las teorías defendidas o propuestas por un hombre son verdad o mentira, averiguando qué clase de hombre era aquél, cómo vivió, y cuál fué su muerte. No hay nada de esto. Nada importa cuál fuese el carácter del hombre que hizo la primera tabla de multiplicar. Es absolutamente cierto que cuando se encuentra un hecho absoluto, no interesa quien lo haya descubierto.

El patrón oro es bueno por lo que contiene, no porque un determinado hombre lo dijera. Tan bueno es el oro en la mano del crimen como en la de la virtud. Sea lo que sea, es oro. Una narración hecha por un gran hombre, no ha de ser forzosamente verídica. Un hombre tiene ciertas opiniones, y como se niega a cambiar de criterio, se le condena. Quémalo hasta reducirlo a cenizas, y aun en medio de las llamas grita que sigue abrigando las mismas convicciones. Centenares de individuos dicen después que ha sellado su creencia con su sangre y que sus doctrinas deben ser verdaderas. Todos los mártires de la historia del mundo no son suficientes para demostrar la verdad de nin-

guna opinión. El martirio sólo puede probar la sinceridad del mártir, no la verdad de sus ideas. Las cosas son verdaderas o falsas independientemente del hombre que las sostiene. No debe confundirse la verdad con la convicción: puede creerse un error sinceramente, sin que por esto llegue a convertirse en verdad.»

«¿Qué sería del mundo a no haber existido los impíos? Los impíos fueron la flor de este mundo. Yo tengo por tales a todos los que han realizado algún progreso intelectual; por ortodoxo, en cambio, tengo a todo aquel cuya inteligencia está petrificada y que silba a los intelectuales simplemente para ahorrarse los gastos funerarios de su alma. A los impíos es a quienes debemos el porvenir. Han hecho este mundo a propósito para vivir en él, y sin ellos el cerebro humano estaría tan vacío como las iglesias lo estarán bien pronto. A menos que se p edique en ellas algo que el pueblo necesita oír.

Las Iglesias señalan a sus santos decaídos y a sus papas derribados, y dicen: «¿Queréis saber más que todos los pastores que han existido?» Y sin el más ligero egoísmo ni titubeo, yo digo: «Sí. El nombre de Humboldt vale más que todos los nombres que se encuentran en primera fila. Los hombres que mejor conocen los secretos de la naturaleza, los hombres que más saben, son los impíos de hoy. He vivido bastante para ver el estigma de inferioridad intelectual en el cerebro de cada ortodoxo.»

R. G. INGERSOLL

Ejemplo que imitar

Porque el obispo armenio Salamién fué uno de los más reaccionarios y trabajó desesperadamente en favor del antiguo régimen, y se escondió al triunfar la joven Turquía, y salió de su escondrijo al creer que los vencedores le permitirían conspirar contra las instituciones liberales, y se convirtió en espía de los jóvenes turcos, los jóvenes turcos lo han asesinado.

Como si no fuera obispo, y no estuviera asistido de la divina gracia, y no gozara de la inmunidad común a todos los príncipes de la Iglesia, griega o latina, que en esto no hay diferencias esenciales...

Son muy bárbaros los jóvenes turcos. En sus cerebros rudimentarios debieron de considerar que, si no quitaban de enmedio al obispo conspirador, él los quitaría de enmedio y de todas partes. Quien da antes de dos veces, se dirían; y como hasta el crimen tiene su lógica, no cabe duda que los turcos procedieron lógicamente, dentro de su barbarie, claro está.

En España hemos llegado a un grado de civilización superior, y no procedemos así, a no ser en caso de guerra. Entonces es lícito anticiparse a la acción del contrario. Pero como estamos en paz, nos horrorizan hechos semejantes al ocurrido en Constantinopla, y gritamos con toda la fuerza de nuestros pulmones: ¡Oh qué bárbaros son los jóvenes turcos!

El regionalismo

A nombre de tradición quiérensenos volver a cierto régimen federal, de regiones ó tal vez de cantones. El regionalismo sería la muerte de la cultura, cuyo órgano es el Estado unitario y liberal frente a la Iglesia. El regionalismo es tradición medioeval. Sobre las divisiones de cantones, la Iglesia como única unidad fuerte. Es el clero el que propugna las lenguas regionales, que separan contra la lengua unitaria, la del Estado, forjado en el yunque de la Reforma. La región es lo conservador, lo tradicionalista. España lo liberal. La unidad española es, como la italiana, obra de cultura. Las regiones, faltas de un fuerte Poder central, acabarían en Estados pontificios.

El liberalismo es centralizador. Las pequeñas naciones podrán ser más democráticas—y ni aun esto,—pero más liberales, no. Un sentimiento romántico, es decir, anticultural, podrá llevarnos a simpatizar con Irlanda, el Transvaal, Polonia; pero la causa de la civilización, del legado humano universal, está con Inglaterra en los dos primeros casos, con Alemania en el tercero. En la guerra de Sucesión, en Cataluña, los soldados de Felipe V eran los soldados de la libertad y la cultura, y Pau Claris, un reaccionario.

UNAMUNO

¡TRAPACEROS!... ¡EMBUSTEROS!...

He recibido dos ejemplares de una Hoja suelta que dice así:

IMPORTANTÍSIMO

A los católicos que inadvertidamente lean

la prensa liberal, les hacemos presente que cometen con ello

TRES PECADOS MORTALES

porque los periódicos que a continuación se expresan ESTÁN CONDENADOS en la siguiente forma:

DIARIO UNIVERSAL, condenado por 13 Obispos.
EL PAÍS, condenado por 14 Obispos.
ESPAÑA NUEVA, condenado por 5 Obispos.
HERALDO DE MADRID, condenado por 18 Obispos.
EL LIBERAL, condenado por 15 Obispos.
LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA, condenado por 5 Obispos.
A B C, condenado por 7 Obispos.

EL IMPARCIAL, CONDENADO POR 19 OBISPOS

Y todos los demás PERIÓDICOS LIBERALES de todos los matices, cuya doctrina está condenada repetidas veces por la Iglesia.

NOTA 1.ª Los TRES PECADOS MORTALES que se cometen leyendo la PRENSA LIBERAL, SON:

Primero, el de COOPERACIÓN AL MAL.
Segundo, el de PELIGRO DE PERVERSIÓN.
Tercero, el de ESCÁNDALO.

En las diócesis donde se hallan prohibidos los PERIÓDICOS LIBERALES, hay que añadir el pecado de DESOBEDIENCIA, y si tal fuera la persona, que su cooperación a la prensa católica fuese moralmente necesaria, cometerá además PECADO GRAVE CONTRA LA CARIDAD.

NOTA 2.ª Los que deseen saber los nombres de los Sres. Obispos que han condenado a los susodichos periódicos, pueden hallarlos en la colección de tarjetas postales de Los Luises de Madrid, ó en la colección completa de las Hojas sueltas que publica dicha congregación.

NOTA 3.ª El Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Granada condena también a TODOS Y A CADA UNO de los PERIÓDICOS LIBERALES, como lo ha hecho notar en la Carta Pastoral, «La Palabra de Dios y la Palabra del hombre».

NOTA 4.ª Se suplica encarecidamente a la Prensa Católica que reproduzca en sus periódicos el presente escrito, con lo cual se hacen TRES IMPORTANTÍSIMOS SERVICIOS: uno a DIOS, (y este es el principal), otros a los CATÓLICOS, y finalmente otro a los mismos PERIÓDICOS LIBERALES, que no se hartan de decir que tienen gran interés en que se les conozca, precisamente el mismo que nosotros tenemos en ello.

Complazco a los autores de esa tontería en lo de darle publicidad, para tener el gusto de decirles:

¡Trapaceros! ¡Embusteros! Nada de lo que dicen ustedes sobre las excomuniones es cierto. Desgraciadamente. Otro gallo nos cantara si esos periódicos que citan hubieran dado motivos para que los obispos los excomulgaran. (Exceptuó a El País y España Nueva, que merecen todas las excomuniones que les echen y lo tienen a mucha honra.)

Y además de embusteros, son ustedes unos estafadores y unos ladrones, pues me han escamoteado las 47 excomuniones que llevo auestas. A cada cual hay que darle lo suyo, y el que se lo quita es, como ya he dicho, un ladrón.

Si vuelven a tirar nuevamente esa Hoja, u otra parecida, y no me colocan a la cabeza de todos, los llevaré a ustedes a los tribunales; pues no estoy dispuesto a consentir que nadie me arrebatase de rositas la gloria de que más me envanezca: la de haber dado pretexto a 47 obispos para que me excomulguen.

Con que ya están ustedes advertidos so... clericales. El que no me haga la justicia que merezco, ó me niegue el honor que me corresponde, en el juzgado se verá las caras conmigo.

CONFORME

Ideas lanzadas por Unamuno en el discurso pronunciado en la velada de Extensión Universitaria celebrada en Cáceres:

«Dicen por ahí los tontos, que los hombres están dominados por las mujeres. Eso les pasa a los hombres que no son hombres, a los que no viven de la vida del hogar.

Las mujeres que están todo el día en cierto sitio, es porque sus maridos no las hacen caso. Buscan predicador fuera, porque no lo tienen en casa.

Los padres que mandan sus hijos a la escuela para que no den guerra, no tienen derecho a quejarse de nada. Esos padres son unos perdidos.

La mujer debe ir siempre con su marido, con la mano puesta sobre sus hombros, sin que se sepa si se apoya en él ó si le empuja en los combates de la vida.

Yo no vengo aquí a halagar. Mi misión es irritar. Mi cocina sólo tiene excitantes. Que cada cual coma luego lo que le parezca.»

Me agradan todas las ideas esas, y las re-

produzco para contribuir a que se ditundan.

La que más me agrada es la última, porque sintetiza la labor de mi vida, dedicada casi por completo a irritar a todos los que representaban ó aparentaban fuerza y poder.

Clericalismo, caciquismo monárquico ó republicano, carlismo, obrerismo, fetichismo... Todo eso he combatido.

Por eso han caído todos sobre mí, unas veces por turno y juntos otras...

Y yo, cada vez más encantado de la misión que me había impuesto.

La felicidad es algo indefinible; cada cual la ve bajo un aspecto. Y yo la he visto y la he disfrutado combatiendo todo eso.

No tengo reparo en confesarlo, aunque esto le quite mérito a mi labor y me acredite de perfecto egoísta.

PROFECÍAS

San Lucas dice: «Se verán signos en la luna y las estrellas, se oirán ruidos en el mar y los ríos; los hombres, consumidos de terror, esperarán lo que debe acontecer al universo entero. Las virtudes de los cielos se conmoverán, y los mortales divisarán entonces al Hijo del hombre descendiendo en una nube, con gran poder y gran majestad. En verdad os digo que no se extinguirá la generación presente sin que esto se realice.»

La profecía de San Lucas, hecha a posteriori, no difiere un punto de la verdad realizada. Yo mismo puedo ser tan buen profeta como San Lucas, diciendo: «Carlos IV de España tendrá un hijo que se llamará Fernando y será rey absoluto; después aceptará la Constitución, que habrá de jurarse el año 12 en Cádiz, y hará mangas y capirotos de ella. Le apellidarán sus fieles súbditos el Deseado, y la posteridad, el Aborrecido.» La verdad no tiene vuelta de hoja.

Cuanto a los signos de la luna y las estrellas, nada tienen de extraordinarios; cualquiera ve en las manchas de la pared todo lo que se le antoja: una cara, un árbol, un burro, un dragón que vuela. Y, verdaderamente, están allí para el que los mira y los ve.

«Se oirán ruidos en el mar y en los ríos.» Nunca están en silencio. Cuando el río suena, agua ó piedras lleva; y hasta los humildes arroyos murmuran. Tenía razón el sabio Evangelista.

«Los hombres siempre esperan lo que debe acontecer al universo.» Lo raro é imposible sería que el universo esperase lo que debe acontecer a los hombres, pues el universo es total é impenetrable y los hombres somos relativos y pacientes, en la acepción aplicable al caso. También esta es una verdad de a folio.

«Las virtudes de los cielos se conmoverán... ¿Quién puede negar esta grave afirmación de San Lucas? Pero ¿quién puede comprobar su certeza? Los santos que gozan del Paraíso, no han de venir a contárnoslo a nosotros. Démosla por confirmada, igual que esta otra de mi cosecha particular: Ahora las virtudes no se conmueven en el cielo, ocurra lo que ocurra, «así en el cielo como en la tierra.»

Y vemos al Hijo del hombre descendiendo en una nube, tan espesa, que sólo podemos ver al Hijo del hombre; pero no al Dios del Evangelio, anunciado con posterioridad a su venida, por San Lucas, San Mateo, San Juan y San Marcos. La fe nos salve.

Todas las profecías son así, tan verdaderas, cuando se les aplica la luz de la razón, esa luz fosforescente que llevamos en el cerebro los hombres que tenemos cerebro.

Rebajamiento inconcebible

¡Qué vergüenza! ¡El clero pidiéndole indirectamente limosna a los frailes! ¡Altívez española, a la que rendían antiguamente homenaje hasta los curas ¿dónde estás? ¿Qué ha sido de tí?

Pero que explique el hecho Un clérigo de esta corte, que entiende de estas cosas muchísimo más que yo:

«Habían pensado muchos curas, por iniciativa de Pérez Martinon, primero que diez ó doce años hace se ocupó de los montepíos clericales, crear asociaciones sacerdotales de socorro. Cuando se vió que el clero se desesperaba é iba de mal en peor su estado, algunos obispos favorecieron magnánimamente dicho pensamiento, antes que los curas por sí mismos lo realizaran. Mas como obra episcopal, esas Asociaciones han resultado una ignominia, un sarcasmo.

La de Madrid acaba de realizar el acto más repugnante de abyección y de tontería. Por gestiones del obispo, ha pedido auxilio, ¿a quién, cielo santo? ¡A las Ordenes religiosas! ¡Al enemigo brutal é implacable! Y éste, es claro, al momento ha contestado enviando unas pesetas. ¡Ya lo creo! Por cuatro cuartos se redime un poco la frailería ante las gentes necias de la odiosidad que le cabe como causante de la miseria del clero.

Han hecho ahora los frailes con el cura lo que en pasados tiempos con el pobre, a quien arrojaban la inmundicia de los conventos para darlos ellos de caritativos con lo que no querían ni sus cerdos, y entretejer el hambre popular que podía ter-

minar en desesperación turbulenta. ¡Poquito que se hombrearán ahora! Ya ha tocado *La Correspondencia* la trompeta anunciadora de su caridad con el clero, y de la torpeza del obispo.

Pero el clero ¿cómo no ve que le socorren con pequeña parte de lo mismo que le arrebatan? ¿Qué síncretismo es la de ese obispo y esos curas asociados, que no vislumbran tan claro juego, en el que ellos nada ganan y los frailes mucho? ¿Y a quién que tenga dos adarres de dignidad se le ocurre ir a pedir socorro de su miseria al causante de ella y mortal enemigo? Y todo ¿para qué? ¿Para el fondo de una caja que no socorre al sacerdote si se queda sin pan a causa de un decreto del obispo? ¿Un mulo solamente utilizable en las cuestas abajo? Esas asociaciones debieron crearse, no con los obispos y los frailes, sino a pesar de ellos y preventivamente contra ellos.

Los frailes se frotan ahora las manos, entusiasmados con tanta idiotez, y seguramente están diciendo lo que yo: «Cuando una institución llega a tal extremo de falta de dignidad y de sentido común, el clero secular español está perdido, es un cadáver. El cura ha muerto, ¡viva el fraile!»

Es a lo más que han podido llegar los frailes, en su mayoría extranjeros; a que los curas, españoles todos, les pidan humildemente un céntimo (pues esta será la proporción) por cada mil pesetas que *cartuchean* a nuestros compatriotas.

Deben ir pensando los curas en algo práctico que no los tenga completamente sometidos a los obispos, causantes de la situación triste en que se encuentran. Imiten a los obreros, que se organizan y forman sociedades de resistencia contra el capital, y declárense en huelga todos en un día, encerrándose en los templos con sus feligreses más adictos. Y si pretenden entrar en ellos los frailes *esquirolos* que manden los obispos a sustituirlos, San Benito de Palermo les indicará lo que deben hacer.

Aunque muy mermada ya, todavía tienen fuerza los curas para oponerse a las demandas de los unos y de los otros.

La muerte de los espíritus

A los espiritistas ingleses les viene saliendo la cosa, de algún tiempo a esta parte, un poquito irregular. Cuentan en sus filas con hombres de ciencia tan eminentes como sir William Crookes, sir Oliver Lodge, el doctor Russell Wallace; con literatos tan populares como Stead; con eclesiásticos tan respetados como los canónigos protestantes Coley y Brook. Estos dos últimos solían realizar los experimentos más concluyentes. Stead los publicaba en los grandes *magazines* ingleses, los sabios trataban de dar de ellos una explicación científico-espiritista y la cosa iba viento en popa.

Pero ahora les ha tocado la de perder. No hace mucho, Coley presentó ante su auditorio, en un salón obscuro un espíritu visible.

Pero le salió al encuentro el materialista Markelyne, el gran prestidigitador de Saint-Georges-Hall—quien ha ganado una fortuna repitiendo por medio de procedimientos materiales los supuestos fenómenos provocados por los espiritistas—y se comprometió a pagarle a Coley 1.000 libras esterlinas si no lograba—él, Markelyne—repetir la operación. Antes del experimento tuvo lugar un torneo oratorio, en el que intervinieron Wallace y Lodge para demostrar que Markelyne no podría repetir el «efecto» de Coley, y, ¡zas! Markelyne lo repitió.

Para hacer olvidar este primer descalabro, publicó el canónigo en una revista la reproducción de los retratos que acababa de obtener de sus difuntos padre y madre. Todos cuantos habían conocido a ambos ancianos los reconocieron perfectamente. Si se podía retratar a los espíritus, es que existían.

Pero el director de la revista *John Bull*, el diputado radical de Londres Horacio Bottanley, publicó en su popular periódico la nota siguiente: «Apuesto 1.000 esterlinas, que serán entregadas a un hospital, a que Coley no retrata los espíritus de sus padres ni de nadie, con la sola condición de que dos fotógrafos experimentados, escogidos por mí, presenciaban la operación. Si Coley no acepta el reto, declaro desde ahora que es un loco ó un embustero.»

A pesar del carácter especialísimo de este reto, Coley no se atrevió a recoger el guante. Segundo descalabro. Pero ahora pareció que había llegado la hora del desquite.

El canónigo Brook, colega de Coley, aseguró que se les habían aparecido, a él y a cuatro personas más, los espíritus del doctor Astley y de su esposa, fallecidos en la catástrofe ferroviaria ocurrida en Argelia el 19 del mes de Diciembre.

Todos los diarios, incluso *The Times*, enviaron a alguno de sus redactores para que entrevistara al canónigo y a los demás testigos de esta aparición de ultratumba. Todas las declaraciones fueron concretas, terminantes; no había lugar a dudas. La victoria de los espiritistas era completa.

Mas hete aquí que el día 30, el corresponsal de *The Times* en Argel telegrafió al gran diario de la City: «El doctor Astley y su esposa no han muerto, como se creía; ambos se hallan en el hospital de Argel, gravemente heridos.» Y hoy el mismo doctor telegrafía a su suegra: «Ambos fuera de peligro, aunque es posible que me tengan que amputar una pierna.»

¡Un muerto que telegrafía!... El espiritismo acaba de recibir el golpe de gracia en este país. (Inglaterra).

Heraldo de Madrid.

En Jerez se estrenó hace días un drama titulado *La Inquisición*, poniendo de relieve algunos episodios de aquel sangriento tribunal.

Los espectadores, locos de entusiasmo, se levantaron de sus asientos y vitorearon a la libertad, dando mueras a los jesuitas y al clericalismo, entre los acordes del himno de Riego.

Así lo hace constar un periódico monár-

quico, añadiendo que el entusiasmo de los liberales fué grandísimo.

Ese vino generoso del entusiasmo anticlerical no se cosecha hoy solamente en Jerez, sino en toda España; pero ¿se bebe ó se deja para otra ocasión, como aquel del cosechero de Fernando VII? Porque hace mucho tiempo que estamos todos con la copa en la mano enfrente del clericalismo, y el clericalismo ¡tan firme!

Amigos; hay que apurar hasta la última gota, ó no somos hombres.

De regreso

Y sucedió que, después de muchos años, volví a España y sentí profunda emoción al divisar las costas de Galicia. No es palabra vana la de *patria*.

Y en la Coruña vi una muchedumbre inmensa de gentes provenientes de varias provincias, y me dijeron que eran emigrantes. Buscaban a todo trance manera de marcharse, de escapar, como huyendo de algún temeroso fantasma.

Iban desalentados, locos por el ansia de alejarse de la costa, de perder de vista la tierra española. Quedé pasmado ante aquel espectáculo. ¿Qué les ha entrado a los españoles que huyen de sus pueblos y de sus casas? Y tomé el tren para mi Madrid, y vi que los trenes están lo mismo exactamente que hace cincuenta años. Los mismos recorridos haciendo esos enormes y eternos, los mismos coches desvencijados y malolientes, los farolillos goteando aceite verdinegro; todo igual que cuando íbamos mis padres y yo a veranear en San Sebastián.

Y llegué a Madrid y creí que me moría de gusto al ver la cuesta de San Vicente y el Palacio Real. ¡Qué de recuerdos se agolparon a mi mente, mucho más cuando encontré todo lo mismo que estaba hace diez años!

¡Cosa particular! Los tranvías eléctricos me parecieron mequinos.

El Teatro Real me pareció muy feo é indigno de la capital de España, siendo así que antes había sostenido yo a capa y espada que era el mejor del mundo.

Y fui a la lista de Correos a ver si había carta para mí, y no me lo quisieron decir porque, viniendo yo de Méjico, no tenía cédula de vecindad en Madrid.

Y me encontré con que el caserón de Correos sigue lo mismo que cuando hace cuarenta años, ¡qué tiempos aquellos! íbamos allí a ver la procesión del Corpus y luego a tomar sorbetes en casa de Pombo. ¡Viva mi Madrid impertérrito y tradicional!

Y pregunté si había hospital nuevo y me contestaron que no, que sigue el que hizo Felipe II, aunque un tanto disminuido; de lo que se sigue que, sobre todo en invierno, a los enfermos se les tiene que echar a la calle sencillamente para que entren otros.

Luego pedí que me llevaran a ver alguno de los magníficos edificios que seguramente habría en la Corte dedicados a escuelas, y se me echaron a reír mis paisanos, contándome que, precisamente en estos días, todas las oposiciones en el Congreso se habían unido para no discurrir el presupuesto de

Instrucción pública, protestando así de que en ese departamento no se hace absolutamente nada en pro de la cultura. Y, a renglón seguido, me enteré de que al marqués de Comillas se le regalaban diez millones de pesetas al año.

Vi en el Paseo de Arenales un edificio feo, pero enorme, que edifican los jesuitas con una millonada que les dió no sé qué marquesa.

Llegó a mí noticia que los pobres siguen sin poder comer por la carestía del pan y de todos los alimentos. Y, por si era poco, que una sabia ley les ha dejado sin las casas de préstamos, donde por cualquier porquería les daban los céntimos para las judías de un día, el petróleo de una noche de angustia.

Y que Maura trata de matar con la ley de Administración local todas las libertades, ya que no pudo sacar adelante la del terrorismo, para que los clericales dominen por completo.

Y que Moret, a los setenta años, echa discursos diciendo que ahora va de veras, que en cuanto sea poder hará y acontecerá en favor del pueblo y en contra del clericalismo, y...

¡¡Comprendí de lo que huyen los cientos de miles de españoles que escapan de España!!!

Huyen del hambre, de Comillas, de las marquesas que regalan millones a los jesuitas, de Maura y de Moret.

S. R.

Calendario del obrero

PARA 1909

Compuesto por J. J. Morato. Contiene, entre otras cosas, un Calendario laico; muchas y muy útiles estadísticas; señas de los organismos obreros de España y del extranjero; tarifas de Correos, Telégrafos y del Registro civil, extracto de las leyes de asociación, reunión é imprenta con formularios para su ejercicio; extracto de la ley de accidentes; reducción de pesas y medidas; tabla de jornales, y cuentos, chascarrillos, versos y pensamientos revolucionarios.

Se vende a 15 céntimos ejemplar, y por docenas a 10 céntimos.

Los pedidos al autor, Norte, 17, ó a la administración EL MOTIN.

Libros en venta

Con el 25 por 100 de rebaja a los suscriptores.

DE TRES PESETAS

Muestras de mi estilo.—Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Puñado de ironías, por José Nakens.

(FOLLETÓN 3.º)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR

OFFENBACH

rrera de leyes, el futuro emigrado lo hizo en Valladolid, adonde D. Marcos, su padre, solía ir en un hermoso macho que tenía. Una vez que el hijo se hallaba, en punto a recursos, in extremis, sabiendo que el padre iba a llegar se adelantó a esperarle y recibirle en la carretera. El viajero llegó, se apeó, y llevando de las riendas el macho, se entró por la ciudad en paternal conversación con el hijo, el cual más ó menos discreta y embozadamente procuró ponerle al tanto, mejor que de sus adelantos en jurisprudencia, de sus atrasos pecuniarios. Así fueron charlando hasta llegar a la plaza de San Francisco donde el padre, alargando las riendas al hijo, le dijo:

—¡Toma! ten ahí el macho mientras yo compro aquí unas cosas.

—¡Pero, padre!—exclamó el hijo. ¡Buena me la armaban los amigos si pasara alguno y me viera aquí con el macho!

—¡Vamos, hombre, tienes razón—contestó el padre, que amarró tranquilamente la caballería a un poste de los soporales y se dirigió a la tienda acompañado del hijo.

Compró allí lo que necesitaba, fué a otra tienda y otra, y por fin al cabo de un par de horas, ya despachados sus quehaceres, regresaron ambos al mismo sitio donde se habían encontrado. El padre,

después de abrazar tiernamente al hijo, montó en el macho. Y ya iba a partir cuando el hijo exclamó:

—¡Pero, padre! ¿se va usted dejándome sin un cuarto?

—Pues qué, ¿necesitas dinero?—le preguntó aquel.

—¡Cómo si necesito dinero!—replicó el hijo, ¡si ya le he dicho a usted mi situación!

—¡Ah!—repuso el padre.—Pues si necesitas dinero, anda y que te lo den esos amigos que se iban a reír de tí por cuidar del macho.

Y arreando se alejó a buen paso, y pronto lo perdió de vista el hijo, al cual el sino tenía reservadas algunas otras lecciones todavía más duras y no tan saludables cuando parecía que le había pasado la edad de estas cosas, como en una ocasión en que el rey de quien era primer ministro (un rey de otra dinastía que el pueblo español interpoló temporalmente entre dos Borbones) después de haberse metido con él consciente, libre y deliberadamente en una situación dificultosa, animándole diariamente a persistir en ella, dió de repente media vuelta, y sin más que decir «ahí queda eso», se facturó a gran velocidad para el extranjero.

Desde entonces el *emigrado* quedó de coronas hasta la coronilla y se caló el gorro frigio.

Tan serio como era D. Manuel, así se llamaba el *emigrado*, otro tanto y más tenía de guasón el famoso D. Práxedes, nombre éste de mujer, lo que indica que ya desde la misma pila bautismal aquel hombre sagacísimo empezó a embromar al prójimo.

Era el Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta

un portento de ingenio y de serenidad, y también sumamente afable y bondadoso, a lo cual sin duda fué debido que el pueblo, a pesar de lo paciente que es, no lo arrastrase por las calles media docena de veces, pues lo menos otras tantas hizo política y gubernamentalmente méritos para tanto. Como durante mucho tiempo estuvo al frente del gobierno de aquel país, ocasiones tendremos de hablar de él, pero el lector nos va a permitir que ahora recordemos la primera en que lo vimos y pudimos admirar su chispeante buen humor.

El Gran Senado, uno de los cuerpos colegisladores (hay tres, y los otros dos son el Congreso de los procuradores y el Consejo de los caciques) es de lo más solemne y respetable que allí existe. Celebra sus sesiones en un antiguo y hermoso templo, y la altura y amplitud de aquella nave que tanta sonoridad da a los discursos, la gruesa y mullida alfombra que tan silencioso hace el andar, la compostura y la misma edad avanzada de la generalidad de los señores senadores, muchos de los cuales tanto por su venerable aspecto, como por la venerable también longaminidad de su oratoria hacen recordar al Padre Eterno, todo allí inspira la mayor circunspección y el más profundo respeto. Pues bien, el jefe del gobierno, que era el Sr. D. Práxedes, dirigía la palabra al Gran Senado sobre un asunto de la mayor importancia, y en los momentos en que el autor se instalaba en la tribuna estaba contando un cuento graciosísimo en que el papel principal lo hacía un pijo.

Esto a muchos de nuestros lectores, sobre todo a los ingleses, si los ingleses

leyeran estos apuntes obra de un alemán, parecerá probablemente algo atrevido. Pero ¿qué dirían si les dijésemos que en la misma capital de la monarquía española hemos visto que cientos de días seguidos salían a la escena en un teatro, y eran aplaudidísimos de la más escogida y aristocrática concurrencia, unos calzoncillos remendados que unas lavanderas volvían y revolvían, puestos en lo alto de un palo, para que el público los viese y contemplase a su sabor? Eran, según decían las lavanderas, «los calzoncillos del señorito». Y he aquí que al son de estas y otras íntimas prendas personales, los españoles han venido perdiendo las nacionales por que en otros tiempos fueron temidos y envidiados.

CAPITULO II

CÓDIGO FUNDAMENTAL Y DEMÁS ARTEFACTOS DE GOBIERNO

España es una monarquía constitucional y hereditaria aun para las hembras; mas para éstas, siguiendo las prácticas de otras monarquías de Europa y Asia, no lo es inmediatamente cuando hay en perspectiva un póstumo, pues si lo hay, se espera a ver qué sexo trae, a propósito ó con motivo de lo cual dice un cono-cidísimo refrán de aquel país: «Si sale con barbas, San Antón».

En lo que toca a código fundamental, España se halla en una situación originalísima, única en la Historia; su constitución política no tiene pies ni cabeza. Esto lo comprenderá el lector en cuanto se le diga que el título primero de ella estable-

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

Presenciamos ayer el canje de 250 soldados y oficiales nuestros por otros tantos facciosos que teníamos en esta villa. Estos fueron con el vestuario que trajeron, y la mayor parte lo llevaron mejorado por la caridad de algunos y el afecto de otros; fueron sanos y robustos, porque les hemos dado bien de comer. ¿Y cómo nos entregaron nuestros soldados? Exánimes, desnudos, completamente desnudos; de un modo tal, que la decencia se resiste á bosquejarlo. Les han obligado á sufrir extraordinarios tormentos, les han tratado peor que á las bestias más despreciables, y han hecho morir de hambre á nuestros valientes, dándoles siete u ocho raciones al mes, cuando aquí suministrábamos 30 á los compañeros de tan execrables caribes; hasta les han privado de la leña necesaria para hacer su reducido rancho."

"No había medio humano, dice un historiador, de impedir que los facciosos se apoderaran de cuanto les agradaba. El insulto, el saqueo, la violación aparecían como de cortejo obligado; y ¡desdichado el pueblo de antecedenentes liberales, porque entonces veía-se sugeto á un azote más duro que si por él pasaran las hordas de Atila! Quién de los facciosos, penetrando en las casas cual campo abierto, destrozaba los muebles, rompía las cubas de vino y ponía fuego á los graneros, no teniendo nombre los excesos que contra las personas cometían. A manera de inundación que todo lo arrasa, los pueblos una vez visitados por los carlistas quedaban reducidos á la última miseria."

El 24 de Agosto de 1837, el brigadier Solano, 84 oficiales, 60 Sargentos y 1.500 soldados fueron hechos prisioneros por los carlistas en la llamada acción de Herrera. Aquella misma noche, al ser conducidos á Herrera y al Villar de los Navarros, en mitad del camino fueron despojados de ropa y dinero por los defensores del altar y del trono, quedando completamente en cueros.

El 28, al llegar á Villarluengo, la junta facciosa, en la que no faltaban curas, llenó de insultos é improperios á los prisioneros. Llegaron á Cantavieja el 30, fueron trasladados de nuevo á Villarluengo, donde durante nueve días no se les dió más comida que media ración diaria de pan á los oficiales, y á los soldados ni aun esto, ni más cama que el duro suelo.

El 10 de Septiembre regresaron á Cantavieja, siendo encerrados en la cárcel pública, como los malhechores; y el 15 de Octubre, creyendo los carlistas que el general Oráa iba á sitiar la plaza, fueron conducidos á Alacaz y á Luco, donde después de tanta fatiga se les dió media ración de pan. Allí enfermaron muchos del tifus, y el 10 de Noviembre, sin consideración á los enfermos, se les obligó á salir en dirección á Horta, Valderrobles y Beceite, robando y asesinando en el camino á un teniente y á D. Ramón Alcalde, juez de Hija. También fué robada y maltratada la esposa de uno de los oficiales prisioneros que había fallecido; D. Luis Mediero se llamaba este oficial.

El 11 de Noviembre fueron sacados á unas masadas cuarenta de los prisioneros que no habían comido en muchos días; desfallecidos de hambre y de fatiga se rezagan un poco, no pueden caminar tan de prisa como sus verdugos y... son asesinados. Al regresar á Beceite también se rezagan unos cuantos, y son asesinados también.

El 13, los oficiales no reciben ración; el 14 media de pan; los soldados no reciben socorro alguno; murieron diez de hambre. Desde el 15 al 20, los soldados no reciben ración, y mueren diariamente diez. Del 25 al uno de Diciembre mueren de hambre catorce soldados cada día. El 4 hacía doce días que no se daba á los prisioneros más que libra y media de patatas que tenían que comer crudas; la mortandad fué horrorosa este día; para colmo de desgracia se aglomeran los pobres prisioneros al balcón de la casucha que les servía de cárcel, para demandar algún socorro; se hunde el balcón y mueren quince. El 7 sigue el hambre haciendo estragos y se hunde la casa, y entre muertos y heridos hay cincuenta víctimas de los prisioneros.

Desde el 19 al 27, los oficiales están á media ración y los soldados siguen muriéndose de hambre.

El 28 no se dió ración alguna y murieron de hambre veintidós prisioneros.

Obligados á trabajar en las obras de for-

tificación aquellos desgraciados, recogen los huesos que encuentran por la calle, los machacan y se los comen. Después ocultan los cadáveres de sus compañeros y comen sus carnes asadas á la luz de los candiles.

El 29 mueren veintidós y se da á los oficiales una quinta parte de ración; el 30 siguen muriendo soldados y se da á los oficiales una cuarta parte de ración; el 31 no hay ración y mueren trece soldados. ¡HABÍAN MUERTO YA SEISCIENTOS!

El 1.º de Enero reciben los oficiales media ración y mueren de hambre veinticinco soldados; el día 2 no hay ración y continúa la mortandad; el 3 mueren veintidós soldados y los oficiales reciben la cuarta parte de ración; el 4 no hay ración, el hambre hace estragos y los soldados comen cruda la carne de sus compañeros muertos; el 5 mueren catorce soldados y se encuentran dos cadáveres completamente descarnados; dieciséis días que no se da ración á los soldados; el día 6 mueren á palos treinta soldados que pedían de comer; se encuentran dos cadáveres descarnados, los carlistas se indignan, indagan, averiguan y descubren dos pucheros puestos á la lumbre con agua y carne humana. ¡Profanación, sacrilegio! exclaman. ¡Horrible atentado contra las enseñanzas de la Iglesia!

Se reúnen en junta, á la que asiste como teólogo un capellán, y nueve prisioneros son condenados á muerte. A las once de la mañana son llevados al lugar del suplicio; el hambre y el desfallecimiento no permiten á los infelices condenados estar de pie y se les sienta en el suelo; se juega á la pelota con sus cabezas, se tira al blanco, se ensayan mil maneras de torturar, y después de tres horas de cruel martirio, son rematados á bayonetazos.

Llenos de horror los prisioneros que habían presenciado la ejecución, intentan escapar aquella misma noche.

Agujereando la pared de la casa que les sirve de cárcel, se arrojan por el boquete abierto sin medir ni calcular la distancia; al caer son muchos los que se rompen brazos y piernas; acuden los carlistas y quedan allí treinta y dos cadáveres.

El día 7 son llevados al convento de Benifasat ciento sesenta de los prisioneros; obligados á trabajar sin descanso en obras de fortificación, no se les da alimento alguno, comen las raíces que encuentran, y á los ocho días casi todos han muerto.

Desde el 7 al 1.º de Febrero mueren de hambre diariamente de ocho á diez prisioneros. El 2, al ser conducidos á Peñarroja para ser canjeados, se asesina á veinte rezagados.

El 27 son canjeados en Segorbe los que pudieron resistir tanta infamia, ingresaron en el hospital de esta ciudad y á las pocas horas habían fallecido casi todos.

¿Comentarios? Falta la paciencia, la sangre se enciende, la mano busca un arma, una tea, cualquier cosa que sirva para destruir, para acabar de una vez con esa raza maldita de víboras.

Es una infamia y una vergüenza que en España existan carlistas aún, y que, ayudados descaradamente por curas y frailes se organicen descaradamente para proseguir su obra de destrucción, saqueo, sangre y exterminio.

Nuevos datos sobre los horribles tormentos sufridos en Cantavieja por los prisioneros liberales hechos en la acción de Herrera nos suministra un documento casi oficial, la carta que publicó el brigadier Solano á los pocos días de salvarse de la muerte por casualidad. Dice así:

"Era tal el extremo de miseria, desnudez y hambre á que se hallaba reducido el ejército de prisioneros, que habían perecido ya sobre 14 oficiales y 84 sargentos y soldados de necesidad; y á pesar de las continuas reclamaciones oficiales dirigidas por mí, sólo se había podido conseguir una pequeña porción de patatas, tan menudas y tan malas, que casi era imposible el comerlas.

Los soldados estaban divididos por escuadras, y éstas al mando de algunos cabos, los cuales, con el objeto de aumentar la miserable ración (cuando se daba), reducida al número de cuatro ó seis patatas cuando más, no daban parte de la función de sus compañeros.

El horror llegó á su colmo cuando dejó de recibirse esta mezquina ración, pues la de pan hacía más de cuatro meses que no se distribuía; y en esta penosa situación, algunos de los que gemían en aquella espantosa

miseria, acudieron para satisfacer su hambre al repugnante y bárbaro alimento de la carne de sus difuntos compañeros.

En la noche del 5 al 6 de Enero supo el comandante del depósito, don Juan Francisco Pellicer, que algunos soldados estaban sentados al mezquino fuego que habían logrado formar con pedazos de viga de la destechada casa, en el que se hallaban calentando algunos pucheros de agua y trozos de carne humana, y mandó á su segundo, don Manuel Gil, hombre cruel y sanguinario, á que les reconociese á la una de la madrugada del 6 de Enero. En efecto, encontró en ellos pedazos de piel y manos que se estaban cociendo, correspondientes á los soldados que en la tarde de aquel día habían fallecido, y en los pucheros otros pedazos que la decencia se resiste á nombrar.

Después de apaleados completamente, y formada su cruenta Junta, á la que asistió como teólogo el capellán del cuarto batallón de Aragón, sin oír los descargos de los nueve acusados ni más energías protestas, fueron sentenciados á ser pasados por las armas, cuya pena sufrieron á las once de la mañana del 6, del modo más horroroso que se puede concebir.

Cadáveres ya, y sin poder tenerse en pie, fueron conducidos á un pequeño campo que se hallaba á la mitad de distancia entre la casa que ocupaban los oficiales y la que contenía los soldados.

No pudiendo resistir en pie el castigo impuesto por su desfallecimiento anterior y el horror de su posición, fueron sentados en el suelo, y como si se jugase con sus cabezas, principiaron á disparar tiros, resultando en este juego cruel que á las dos de la tarde aún no habían concluido de expirar.

Entonces un cabo llamado Cayetano, cuyo apellido ignoro, pero que sirvió en el regimiento de infantería del Rey, que se había unido á la facción en la toma de Cantavieja, acompañado de un tal Valero, subteniente de granaderos del mismo batallón, marcharon sobre aquellas víctimas, y los acabaron á golpes de bayoneta y sable, dejándolos en medio del campo durante toda la tarde, á la vista de sus compañeros y de sus oficiales. La consternación se veía pintada en todos los semblantes, y nadie se atrevía á pronunciar una sentida queja, ahogando en sus acongojados pechos los ayes y lamentos que hubieran podido consolar sus oprimidos corazones.

De estas resultas pasé comunicaciones á Cabrera, quien los hizo marchar el 16 de Enero, á las dos de la madrugada, al pueblo de Cretar, para tener una conferencia y tratar del canje de prisioneros, convencido Cabrera de lo imposible que le era conseguir que los prisioneros constitucionales, á pesar de las repetidas instancias, súplicas y pomposas ofertas, tomaran partido en sus filas, pues ni uno solo accedía, prefiriendo morir á ser traidores á las banderas que juraron. Muchas y duras fueron las proposiciones que presentó, á pesar de que en aquella ocasión no se manifestó tan cruel como su secretario de campaña el coronel Caide, abogado hijo de Tortosa. Al fin accedió á él, disponiendo marchasen los soldados, quedando yo en rehenes.

Ante las promesas hechas por mí de la entrega de los prisioneros facciosos en Arcos de la Cantera, y constituirme yo mismo como tal, se salvó aquel resto de hombres, que al parecer no eran más que esqueletos, los cuales habían llegado á tal extremo de demacración, que canjeados en la ciudad de Segorbe y trasladados al hospital militar, no pudieron sus estómagos admitir ni aun el caldo, y fallecieron la mayor parte antes de seis horas de su entrada en aquel establecimiento.

La historia no cuenta hechos más horribles. Podrá ser, y aun estoy casi seguro, que nuestros descendientes tendrán por fabulosa esta narración; sin embargo, por desgracia no hay cosa más cierta. Todos los jefes y oficiales que se salvaron de aquella calamidad, podían responder bajo su firma de la verdad de cuanto llevo dicho.

Quisiera nombrar á todos mis compañeros de infortunio, mas no siéndome posible, me contentaré con los nombres de algunos.

El coronel don Juan Pusiol, y sus hijos don Luis y don Alejandro, del regimiento del Príncipe; los capitanes del segundo regimiento de la Guardia Real de infantería, don José María Rajoy, don Simón Vilella, don Bernardo Magenís, don Antonio Molina; los alféceres del mismo cuerpo, don Manuel Michelena y don Victoriano de Ametller; dos capitanes del provincial de Avila, don Lorenzo Contreras y don Eusebio de Arrabal, teniente don N. Mugarregui, y los subtenientes Gómez y Rodríguez, con el sargento mayor del mismo cuerpo, don Herminegildo Alcaráz; el teniente coronel del regimiento de Córdoba, don José Can y Argüelles; el capitán del 6.º de ligeros, don Ra-

món Valdeparés; el subteniente López y Clarón; el capitán del de Córdoba, D. N. Cebrián y el teniente don Dimas Martínez; los capitanes del Príncipe, don Vicente Cruzado y don José Ramón Boetelo; los tenientes Ureda y Castro; el capitán de caballería del Infante, don Pedro Navas, y otros, que si fuese preciso, todos certificarían bajo su honor y su conciencia.

Los soldados que presenciaron aquel horroroso fusilamiento se aterraron en tales términos, que valiéndose de sus manos, á falta de instrumentos, lograron abrir un agujero en la parte de la pared que miraba al campo, camino de Valderrobles, y aunque casi seguros de morir en el tránsito, exánimes y sin fuerza para alcanzar la pequeña fortificación de Alcañiz, que sólo distaba cinco leguas, se precipitaron por él sin prudencia ni precaución ninguna, cayendo al campo, que estaba bastante profundo, por no haber tenido la previsión de haberlo abierto en el piso bajo, y sí en el principal.

Muy pocos fueron los que llegaron sin fracturarse las piernas ó brazos, y al ruido de sus cuerpos que caían sobre las piedras y ladrillos que habían desprendido de la pared, así como al de los gemidos que daban los que, fracturados sus brazos ó piernas, recibían sobre sus macerados cuerpos los de los compañeros que creían encontrar su salvación, llegaron los soldados de la guardia; y suponiendo que una acción bárbara y horrorosa sería meritoria á los ojos de Cabrera, que remuneraría su vigilancia, asesinaron aquella madrugada (del 6 al 7 de Enero) á cuantos encontraron tendidos en el campo y los que aún estaban próximos al agujero por donde creían recobrar su libertad; el número de estos desgraciados ascendió en aquella madrugada al de 32, encerrando al resto en una habitación tan reducida, que no siendo suficiente á contener su número, se vieron precisados á ocupar, á pesar del frío de la estación, un corredor descubierto, largo y estrecho, con un balcón de madera que amenazaba ruina, la cual se verificó, puesto que á las nueve de la mañana del 7 se desplomó completamente, pereciendo en la caída 23 soldados y quedando otros muchos heridos.

Para ocultar esta desgracia y pretextando que era para la mayor comodidad de los prisioneros, fueron trasladados aquel mismo día 162 soldados al convento de Benifasat, donde haciéndolos trabajar incesantemente en la obra de la fortificación, sin más alimento que las raíces que encontraban, sucumbieron la mayor parte de ellos antes de ocho días.

Ni aun esta penosa y cruel posición pudo aumentar las filas de Cabrera con un solo hombre: ¡tal fué la lealtad de los soldados de la 3.ª división del Norte!

Mientras los jefes y oficiales lograron conservar algunos recursos, suministraban por cuerpos á los soldados prisioneros algunos ranchos, teniendo que presenciarlo los mismos oficiales que se hallaban encargados de su condimento y distribución, distinguiéndose muy particularmente en este penosísimo servicio el capitán graduado teniente del regimiento del Príncipe, señor Castro, por su paciencia y prudencia, pues llegó el caso de arrojar las cucharas que se les habían dado, y la palma de sus descarnadas manos hacía el oficio de tal porque en ellas se contenía mayor cantidad de alimento.

A los oficiales se les colocó en dos pisos tan pequeños y reducidos, que, no cabiendo, se situaron hasta en los escalones que conducían á ellos, martirizándolos del modo más cruel que puede imaginarse.

A las nueve de la noche se les obligaba á acostarse sin que pudiesen tener conversación alguna: cansados y fastidiados de este silencio sepulcral, así como de una orden tan tirana y cruel, llegaban á dormirse; á las diez se efectuaba la primera requisa, y entraba una parte de la fuerza y descansaba sobre las armas, dejándolas caer con tanta violencia, que el más dormido se estremecía, creyendo que el edificio se había desplomado.

Después se les obligaba á levantar á todos, para reconocer si los ladrillos sobre que estaban acostados se habían levantado para fugar, puesto que caían sobre un horno de pan cocer, el cual, aunque inútil para el efecto por no haber harina ni masa alguna que cocer, lo tenían encendido por si alguno lograba escaparse, que cayese en él y quedase abrasado. Esta requisa se repetía de hora en hora; de manera que no se descansaba en toda la noche.

El objeto que se propuso el segundo jefe del cuarto batallón de Aragón, don Manuel Gil, con este prolongado martirio, no fué otro que el de extenuar completamente las fuerzas de los oficiales, para que no sólo no las

(Continuará.)